

Planetas Prohibidos

Revista de Ciencia-ficción, Fantasía y Terror

Juan Miguel Aguilera

Javier Pellicer

Abel Portillo

Carlos M. Federici

Silvia Pato

Javier Pauner

Mario D. Martín

Karol Scandiu

Y muchos más...



<http://planetasprohibidos.blogspot.com/>



**Cómic
Poesía
Relatos
Artículos
Entrevistas
Ilustraciones**

PLANETAS PROHIBIDOS es una revista periódica de ciencia ficción sin ánimo de lucro. Su objetivo es la difusión de artículos, relatos e ilustraciones del género.

AVISO LEGAL. Los textos e ilustraciones pertenecen a los autores, que conservan todos sus derechos asociados al © de su autor.

El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en PLANETAS PROHIBIDOS para difundirla por Internet en formato pdf y epub. No obstante, los derechos sobre el conjunto de PLANETAS PROHIBIDOS y su logo son © del Grupo PLANETAS PROHIBIDOS.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de PLANETAS PROHIBIDOS.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

El Grupo PLANETAS PROHIBIDOS está compuesto por Lino Moinelo, Guillermo de la Peña, Marta Martínez y Jorge Vilches.

BLOG

<http://planetasprohibidos.blogspot.com>

CONTACTO

revistaplanetas@gmail.com

NORMAS DE PUBLICACIÓN. La revista PLANETAS PROHIBIDOS está dedicada a la ciencia ficción, pero también a la fantasía y al terror como géneros afines. La revista acepta relatos, artículos, ilustraciones y cómics, de tema libre, formateado en Trebuchet MS 12 pto, párrafo justificado y salto de una línea. Si en el plazo de dos meses la revista no ha contestado, la obra se considera desestimada.

CONSEJO DE DIRECCIÓN: Jorge Vilches, Lino Moinelo, Guillermo de la Peña y Marta Martínez.

EDITORES: J. Javier Arnau y Jorge Vilches

MAQUETACIÓN: Jorge Vilches y Lino Moinelo

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

ILUSTRADOR DE PORTADA: Juan Miguel Aguilera, “El despertar de un arcano”.

DISEÑO Y MAQUETACIÓN DE PORTADA: Marta Martínez

EDITORIAL: Jorge Vilches

RESTO DE ILUSTRACIONES: Abel Portillo, David Velázquez, Pedro Belushi, Javier Pauner, Karol Scandiu, Fraga y Verónica Leonetti.

ESCRITORES: Lino Moinelo, Juanjo Grau Alonso, Javier Pellicer, Mauricio del Castillo, Francisco Domínguez, Mario D. Martín, Silvia Pato, Carlos M. Federici, y Michael M. Deb.

INDICE

3/**EDITORIAL**, por Jorge Vilches

ARTÍCULOS

4/ LA CONCESIÓN CIENTÍFICA, Lino Moinelo

7/ LA CIENCIA FICCIÓN Y LOS CÓMICS DE MI TIERNA INFANCIA, Juanjo Grau Alonso

RELATOS

11/ NUESTRO GRITO, Javier Pellicer y Abel Portillo

20/ NEPCOROP RECUPERADO, Mauricio del Castillo y David Velázquez

28/ EL VIAJERO, Francisco Domínguez y Pedro Belushi

31/ CALIDISSIMA NATURA, Mario D. Martín y Javier Pauner

35/ LA CASA DE LOS LIBROS, Silvia Pato y Karol Scandiu

47/ ÚLTIMA NOCHE ROJA, Carlos M. Federici y Karol Scandiu

CÓMIC

60/ ONDAS FRAGUIANAS, por Fraga

POESÍA

61/por Michael M. Deb y Verónica Leonetti

Somos únicos montando líos. Con toda la ilusión del mundo pusimos en marcha una colección a la que, después de propuestas disparatadas unas, ingeniosas otras, decidimos llamar **ÓRBITAS PROHIBIDAS**. Nos llegaron muchas propuestas, algunas muy buenas e interesantes. Seleccionamos, leímos, editamos, maquetamos y colgamos. Hicimos la promoción en la red y con el conocido y agotador boca a boca. La respuesta que obtuvimos, sin embargo, no fue la esperada. Era lógico. El mercado editorial está mal. No se vende. Se escribe mucho. Y la gente está a otra cosa. Este proyecto nos ha quitado tiempo, alguna que otra ilusión, y ha retrasado la salida del número 7 de **PLANETAS PROHIBIDOS**.

La experiencia, no obstante, ha sido útil. Nos ha dado una visión más amplia del fandom, y de este género tan loco como es la ciencia-ficción, y sus hermanas la fantasía y el terror. De momento hemos decidido dos cosas. La primera ha sido congelar el proyecto, a modo del **WALT DISNEY** de la leyenda urbana. Y ahí está, *frozen* total. La segunda es el dedicarnos a la revista, que es el hijo del blog del mismo nombre, y cuya memoria hemos estado honrando menos de lo que deberíamos.

Todo este lío no nos ha privado de contar con buenos **COLABORADORES** para este número. Tenemos a Juan Miguel Aguilera en la portada, cuyo título es “El despertar de un arcano”. Tenemos, además, a **ESCRITORES** como Lino Moinelo, Juanjo Grau Alonso, Javier Pellicer, Mauricio del Castillo, Francisco Domínguez, Mario

D. Martín, Silvia Pato, Carlos M. Federici y Michael M. Deb; e **ILUSTRADORES** como Pedro Belushi, Karol Scandiu, Abel Portillo, David Velázquez, Javier Pauner y nuestro inefable Fraga.

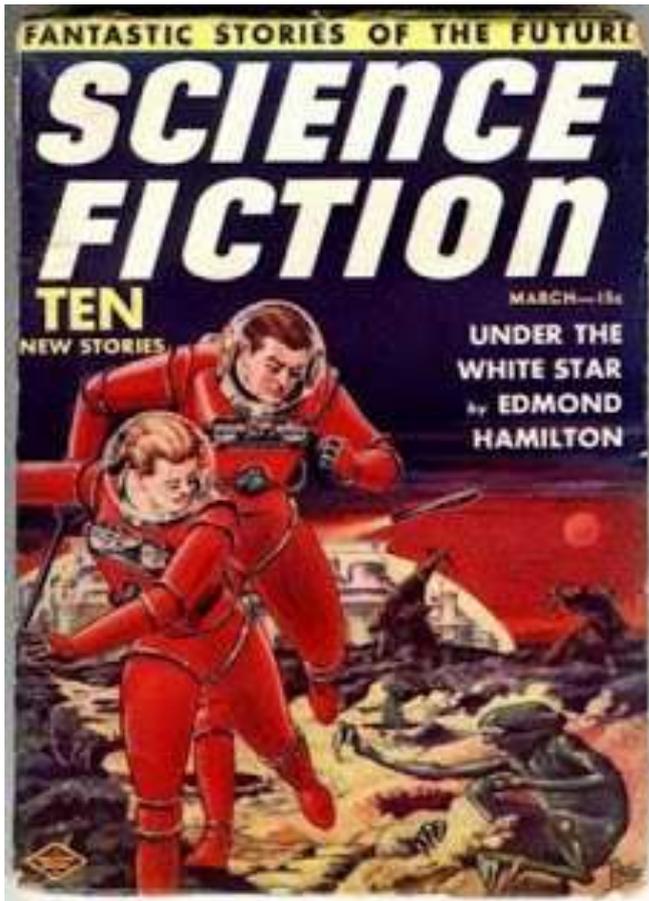
Gracias a todos.

Jorge Vilches

LA CONCESIÓN CIENTÍFICA

LINO MOINELO

¿Son la ciencia-ficción y el fantástico un mismo género o dos distintos? ¿Qué hace que la ciencia-ficción se incluya unas veces dentro del fantástico y otras veces junto a él? Estas son las eternas preguntas entre los aficionados a ambos géneros. En España se hace complicado



hablar de las sutiles diferencias que existen entre ellos por ser un país en donde desde *El Quijote*, junto a una excesiva añoranza de glorias imperiales pasadas, se le da tradicionalmente la espalda al fantástico en general y todo el mundo; incluyendo parte de los aficionados a este género; se la dan a la ciencia.

¿La ciencia? sí, la ciencia, ya que ¿por qué otro motivo se la llama así a la ciencia-ficción? Bueno, realmente este término es una traducción literal incorrecta, pero si recurrimos a su original en inglés, idioma en

cuyo seno surgió este término, la cosa no varía: *science-fiction* (ficción científica). Así pues, la principal diferencia entre el fantástico y la ciencia-ficción es que en esta última la ciencia tiene un papel especial, un papel definitorio, que puede ser utilizado en mayor o menor medida pero que en todo caso es la presencia de alguna de sus características o filosofía, la que determinará la pertenencia al género.

Pero, ¿cuál es ese papel? ¿Qué hay de ciencia en *Star Wars*, *Alien*, *Blade Runner*, *Star Trek* o la gran mayoría de obras de este controvertido e incomprendido género? La respuesta a esta pregunta es que hay poca, por no decir ninguna. El viaje a mayor velocidad que la luz no es científico, no existe nada parecido ni se conoce ni por asomo ninguna técnica que en un futuro pueda acercarnos a realizar tal hazaña a nivel macroscópico. Es pura especulación, pura fantasía. Tampoco existen inteligencias artificiales “conscientes”, ni “teletransportadores”, ni sables de luz. Mucho menos sables “láser”.

Entonces, ¿qué significa todo este galimatías? ¿Hay o no hay ciencia? La respuesta es que la ciencia está presente, pero no en su forma «real», ya que de otra forma no sería «ficción». Es una ciencia alternativa, una ciencia imaginaria, fantástica, pero como ciencia que es, ha de tener su misma filosofía. Dicho de otra forma, la ciencia-ficción no ha de corresponderse con exactitud con la ciencia actual, la conocida, la «verdadera». A la ciencia no le debe molestar en absoluto que le cambie alguna de sus premisas, mientras se admita esta alteración y el resto del entorno imaginado se corresponda de forma consecuente y coherente con el parámetro cambiado. El «método científico» es lo que no ha de cambiarse, ya que de hacerlo no podría hablarse de ciencia. Tampoco de ciencia-ficción, tal vez sí, de fantástico.

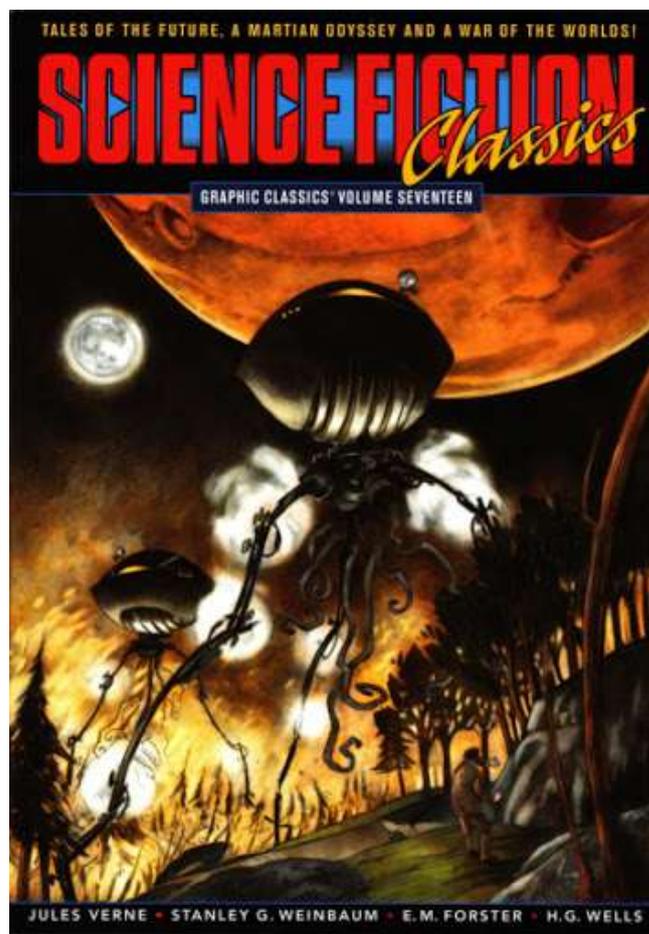
¿Qué clase de alteraciones de la ciencia son esas? ¿Qué grado de ortodoxia científica se emplea para reconstruir esa nueva realidad? A tenor de las obras existentes en el acotado

conjunto de ellas al que he tenido acceso, se podría decir que existe toda una escala continua desde la total pulcritud en la construcción científica de ese nuevo universo y la explicación detallada en la obra de todas y cada una de las premisas utilizadas y modificadas, hasta prácticamente apenas mencionarlas, cuando no simplemente darlas por supuestas. Toda esta variedad es probablemente causa de la actual variabilidad en nuestro género predilecto, y de la dificultad de definirlo. En todo caso, es necesario admitir que el camino escogido en uno u otro sentido va a producir un resultado que se podrá encuadrar con mayor o menor propiedad dentro del género de la ciencia-ficción, sin que en ninguno de los casos sea objeto de menosprecio, crítica o adulación solo por este motivo. Parece sensato valorar la obra en su conjunto, siendo el género tan solo uno más de los factores a tener en cuenta.

Entonces, ¿en función de qué el autor escogerá la forma final de su obra? Naturalmente, esto habría que preguntárselo a los propios escritores y guionistas, pero mientras, es posible deducir cuales pueden ser generalmente estos motivos, empezando por el propio autor. Si se trata de un científico o un ingeniero es más probable que oriente sus obras hacia la parte más cuidadosa con el método científico, procurando explicar y razonar las soluciones empleadas en el mundo imaginario que ha creado, gracias a tener los conocimientos para ello. Si es así, este entretenimiento para el autor que se dedica a jugar con alterando ciertos parámetros científicos o técnicos, forma parte del argumento central de la obra, la razón de ser de la misma. Un ejemplo claro podrían ser los relatos relacionados con las *Leyes de la Robótica* de I. Asimov, en los cuales no hay romances ni aventuras: solo los robots y sus tribulaciones lógicas con las Leyes, puro entretenimiento algebraico. Para quien le guste, claro.

Otro de los factores que puede ser relevante para crear una obra es el público, bien por ser al cuál se pretende dirigirla, o

simplemente por formar parte de la audiencia potencial que existe en un momento determinado. Puede el autor hacerlo intencionadamente o simplemente dar rienda suelta a su creatividad dejando que sea el público el que decida. La cuestión es que habrá un sector de este que le fascine el «hard» o ciencia-ficción dura, con sus explicaciones y detalles sobre esa realidad que se ha debido construir para poder ubicar la historia, y otro público que preste más atención a la historia en sí. El cualquiera de los casos el objetivo es el entretenimiento, no el proporcionar un tratado científico, ni una obra deslavazada y carente de atractivo literario, ni cargada de esoterismos. Tampoco realizar profecías científicas, aunque en ocasiones sorprenda la clarividencia de algunos autores.



El autor de ciencia-ficción, al contrario que el del fantástico, escoge una realidad alternativa modificada en unos parámetros determinados, adecuando el resto a dicha alteración siguiendo la filosofía que emana de la ciencia a través del método científico.

El motivo de someterse a las normas de la epistemología en lugar de imaginar un mundo fantástico donde todo es posible y el único límite es la propia coherencia literaria, pero no la científica, es probablemente el buscar un escenario que sea reconocible para determinado tipo de lector, con un grado de verosimilitud dependiente del autor o del público a cual se destina. Como ejemplos diversos se pueden citar a Ray Bradbury (1920) y sus *Crónicas Marcianas* (1950), en las que el autor escoge un Marte alternativo con un ambiente excesivamente parecido al terrestre, un escenario totalmente incompatible con la ciencia actual e incoherentes con la gravedad, y presión atmosférica que Marte puede tener, pero que sirve perfectamente para la intención del autor: especular sobre el alma humana y el encuentro con una civilización distinta, en un escenario reconocible para lectores exigentes en campos distintos a los de las ciencias físicas.

En otro sentido prácticamente opuesto, un caso paradigmático de cómo el público es un personaje fundamental en la creación de obras de ciencia-ficción, es el de Larry Niven (1938) y su estupenda *Saga del Mundo Anillo* (1971), a medio camino entre el *hard* y la *Space Opera*. Aunque no es un tratado científico ni de lejos, fue lo suficientemente atractivo desde este punto de vista como para que un grupo de estudiantes del MIT (*Massachusetts Institute of Technology*), entusiastas de la astrofísica y aficionados a la ciencia ficción «dura», evaluaran concienzudamente el primero de los volúmenes publicados cuando aún no se preveía realizar una saga, señalando una serie de detalles que estimularían recíprocamente al autor para que finalmente decidiera continuar la obra y convertirla en una de las más famosas sagas de la ciencia-ficción. Esta audiencia exigente y altamente cualificada no criticaba la aparición en la obra de una estructura colosal e inverosímil de fabricar, sino que la daban *por supuesta* y ponían en duda la consistencia de todo el sistema arreglo a las premisas que el propio autor

decidió en su día para imaginar el escenario en el que contar su historia. Huelga decir que, Niven, matemático de formación y actualmente colaborador del Ministerio de Defensa de los EUA, *se puso las pilas* y aclaró todos los puntos que estaban en entredicho.

Esta suspensión de la incredulidad en la que son cómplices autor y lector, es común en todo el fantástico y ciencia-ficción, aunque a distintos niveles. El fantástico por regla general no pretende ninguna veracidad en sus obras salvo la necesaria para disfrutar del relato y la necesaria coherencia literaria, mientras que la ciencia-ficción pretende mostrar un escenario más realista o veraz. Esto presenta el problema de que en ocasiones se muestran hechos totalmente ficticios pero que un sector de la población no los diferencia de lo real, como ocurrió en la célebre retransmisión radiofónica de la *Guerra de los mundos* (Orson Welles, 1938) que causó el pánico en una gran parte. Por no hablar de ciertos escritores que se aprovechan de una excesiva complicidad e ingenuidad de los lectores para hacer pasar bodrios esotéricos fraudulentos como algo confuso entre la ciencia-ficción y la divulgación periodística.

Lo que diferencia a la ciencia-ficción del resto, y que exige un mínimo de formación del lector en ciencias, es la concesión científica, aquella que marca ese punto de suspensión de la incredulidad que hay que identificar para diferenciar entre realidad y ficción, necesaria para entender y disfrutar junto con el autor, la forma en cómo ha alterado la realidad.

Lecturas de referencia

- Sergio Mars. *Cifilogenia I - ¿Qué diantres es la cifi-* (Blog Rescepto Indablog)
- Javier Arnau. *Qué es la ciencia Ficción- I, el nombre y las etiquetas.* (Blog Planetas Prohibidos)

Lecturas relacionadas del blog Al Final de la Eternidad

- Lino Moinelo. *La ciencia-ficción.*
- Lino Moinelo. *Los aciertos de la ciencia-ficción.*

LA CIENCIA FICCIÓN Y LOS COMICS DE MI TIERNA JUVENTUD

JUANJO GRAU ALONSO

Cuando me propusieron colaborar con un artículo en la revista me sentí tremendamente honrado, pero enseguida me asaltaron las dudas. ¿Cuál es mi relación con la ciencia ficción, la fantasía y el terror, más allá de ser un simple aficionado en cualquiera de sus manifestaciones (literatura, cine, comics o ilustración)? No soy ningún erudito ni me dedico a la creación en este campo. ¿Qué puedo aportar a otros aficionados?

Entonces se me ocurrió indagar en los orígenes de mi afición. Todos tenemos a lo largo de nuestra vida encuentros y desencuentros que nos van conduciendo por la vida, determinando los caminos que tomamos. Y los que suceden durante nuestra infancia y adolescencia tal vez sean los más importantes, los que más contribuyen a convertirnos en los adultos que acabamos siendo. ¡Cuánto uso de ello han hecho los amantes de las realidades alternativas!

Yo cumplía 15 años en 1985, en pleno ecuador de la década más recordada (y magnificada y mitificada) de la historia reciente de este país. No es raro, salíamos de un periodo de cultura dirigida, reprimida y muy gris. Había muchas ganas de romper con eso y probar todo lo que hasta entonces había estado prohibido. Se ha hablado muchísimo de aquello, aunque principalmente se ha hecho hincapié en la música y el cine, *La Movida*. Pero si hubo algo que influyó en mi formación como lector aficionado a los géneros, algo en lo que invertí más tiempo del que parecería sano o razonable, fueron los cómics. Y aquella fue una década especialmente fecunda, con muchas y variadas cabeceras asomando a los kioscos (¿alguien de menos de 25 años puede imaginarse hoy cómo es un

kiosco lleno de portadas variadas con fabulosas ilustraciones de algunos de los mejores dibujantes de todos los tiempos? El edén), dedicadas a las temáticas más variopintas, desde infantiles hasta eróticas y adultas, pasando por el humor, el petardeo y la irreverencia y, cómo no, el terror, la fantasía y la ciencia ficción.

Evidentemente leí relatos de Isaac Asimov y vi las películas que había que ver durante aquellos años, pero fueron los comics los que más alimentaron mi curiosidad y me impulsaron a indagar en los entresijos y las diferentes vertientes del género. Así que me propongo echar la vista atrás y desempolvar aquellas obras que más me impactaron, o las que mejor recuerdo.

HISTORIAS DE LA TABERNA GALÁCTICA (JOSEP MARÍA BEÀ)



Mi primer contacto con estos relatos de Josep M^a Beà se produjo entre las manoseadas páginas de antiguos números de la revista 1984 que un amigo, mayor que el resto, nos iba pasando a los chavalines, como un maestro *Jedi* cultivando a sus jóvenes *padawanes*. La obra se publicó entre 1979 y 1981, aunque yo la debí conocer alrededor del 85 u 86. Y como supongo a la mayoría conecedor de este título, imaginará el efecto que causó en una tierna mente adolescente como era la mía entonces. Fue brutal. Mucho se ha usado el término “surrealista” para hablar de la obra de Beà, aunque yo entonces no tenía ni idea de lo que eso significaba. El autor parte de la idea de la cantina de Tatooine, un espacio donde confluyen criaturas de lo más variado, para reunir a un grupo de personajes que procurarán sorprender a los demás con sus historias. La fórmula, que nos evoca clásicos como *El Decamerón*, *Los cuentos de Canterbury* e, incluso, *Las aventuras del*

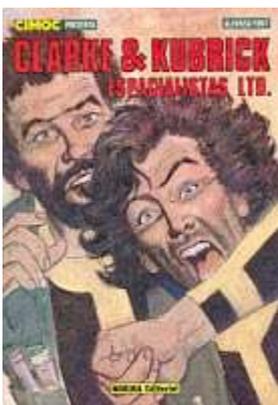
Barón de Münchhausen, funciona tan bien como cabe esperar. Hay momentos en los que la idiosincrasia de los parroquianos y sus reacciones concitan más interés que la historia narrada.

Sin excepción, todas despertarán el rechazo del resto de oyentes, bien por ininteligibles, bien por absurdas. La imaginería desplegada por el autor podría calificarse de apabullante y arrolladora. Las historias van desde meras anécdotas vestidas de ciencia ficción clásica hasta auténticos desvaríos absurdos y surreales.

Respecto al dibujo, ya he manifestado antes mi falta de erudición, por lo que no me siento legitimado para hacer una valoración crítica, pero me parece fascinante. Hace gala de una imaginación desbordante y un gusto exquisito por el detalle. Es capaz de plasmar sobre el papel prácticamente cualquier cosa que pase por su cabeza, por disparatado o complejo que sea. Y sin achantarse ante el reto.

En cualquier caso, una obra imprescindible para los amantes de la tradición oral, la fantasía y las artes. Ni qué decir tiene que tras este, devoré compulsivamente otros títulos de este autor, como *La Esfera Cúbica*, *En un lugar de la mente* o *La Muralla*.

CLARKE Y KUBRICK, ESPACIALISTAS LTD. (ALFONSO FONT)



Mi conocimiento de esta serie tuvo el mismo origen que la anterior, dentro de la tribu friki que fraguábamos sin ser muy conscientes de ello. Lo primero que me enganchó de ella fue su título. Quizá visto hoy suene un poco tonto,

pero entonces me parecía tremendamente original llamar a los protagonistas como los creadores de *2001: Una Odisea del Espacio*. ¡Y lo bien que me hacía sentir entonces pillar la referencia! (Entendedme, era un adolescente buscando su lugar en el mundo. Y como no me iban los deportes, opté por intentar ser algo más listo que los otros).

...leí relatos de Isaac Asimov y vi las películas que había que ver durante aquellos años, pero fueron los comics los que más alimentaron mi curiosidad y me impulsaron a indagar en los entresijos y las diferentes vertientes del género...

Cuenta las andanzas de un par de aventureros espaciales a lo largo y ancho del universo en misiones de lo más variado para todo tipo de empresas transplanetarias. Visto con la perspectiva del tiempo, no es

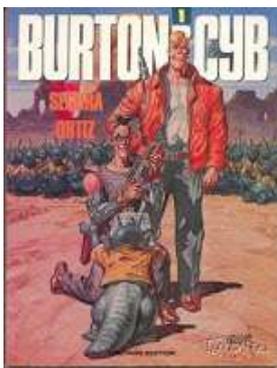
descabellado equipararlos a otras parejas de la historieta cómica como *Mortadelo y Filemón* o *Pepe Gotera y Otilio*. Y tal vez por eso me atraparon. Por aquel entonces yo ya empezaba a renegar de los “tebeos para niños” y estos personajes me permitían sentirme mayor (el dibujo era el de los comics para adultos), con historias de ciencia ficción (naves espaciales, extraterrestres, lejanos planetas, etc.), pero con el mismo espíritu de aquéllos héroes infantiles. Y son comedia. Y yo adoro la comedia. Soy un yonqui de la comedia.

El poder cómico de esta serie se sustenta principalmente en la contraposición de dos caracteres opuestos. Y en la capacidad de sus protagonistas para meterse en los líos más gordos sin pretenderlo. Simple, pero tremendamente efectivo.

También se permite colar el autor, ayudándose de la fina ironía y el humor que destilan sus personajes, un potente mensaje social sobre el mundo en el que vivimos. ¿Qué más se le puede pedir? Quien busque elaboradas distopías o anticipación tecnológica y humanística, tal vez deba buscar en otro lugar. Pero si lo que se quiere es disfrutar de un cómic divertido, extraordinariamente bien dibujado y cargado de tópicos de la ciencia ficción más *mainstream*, que no dude en perderse entre las páginas de estos dos *Espacialistas*.

BURTON Y CYB (JOSÉ ORTIZ Y ANTONIO SEGURA)

Durante un tiempo, en mi memoria, esta serie tendía a confundirse con la anterior. Ambas son en color, cómicas y protagonizadas por una pareja de antagonistas. Aunque su aparición fue más tardía, a finales de los 80. Por entonces ya estaba yo más talludito y curtido y ya no me sorprendía tan fácilmente. Por otro lado, ya no valía el truco de apelar a mi parte infantil sin que me diera cuenta. En este caso, estos dos golfos cósmicos me cautivaron por la picaresca. Son dos pícaros de los de toda la vida, de los que tanto ha hecho gala nuestra idiosincrasia patria.



Seguimos así las andanzas de nuestros dos protagonistas, un cachas guaperas y encantador, y un cyborg malhumorado, cínico y violento. Son dos estafadores y timadores profesionales que pondrán en práctica los más elaborados e ingeniosos planes con el único y noble objetivo de separar a sus víctimas de su dinero o sus posesiones. En algunos casos lo lograrán, en otros les saldrá el tiro por la culata. En ciertas ocasiones, pocas, incluso sentirán remordimientos por lo que están haciendo. Pero siempre nos proporcionarán motivos para reír y pasar un rato muy divertido.

Como en el caso anterior, la imaginería de ciencia ficción sirve aquí con el propósito de adornar y vestir los relatos, justificando la inclusión de imaginativos personajes y escenarios exóticos.

En algún sitio he leído que es una obra menor de esta pareja. Supongo que tal juicio responde al snobismo de considerar siempre la comedia como un producto menor o poco

importante. Allá cada cual con sus fobias. Desde luego, en mi memoria y en mi estantería tienen un lugar destacado.

LORNA Y SU ROBOT LASCIVO (AZPIRI Y CIDONCHA)



En este caso la temática es cómica y erótica. Nuevamente, la ciencia ficción no es más que una excusa. Y no es difícil imaginar por qué forma parte de mi imaginario sentimental.

Descubierta durante esos intercambios de antiguas revistas, en este caso *Cimoc* de principios de los 80 (creo que llegó a ser mi revista favorita), ya podéis imaginar el impacto que estas historietas causaron en un adolescente en plena efervescencia. Páginas llenas de exuberantes mujeres ligeras de ropa y ansiosas de saciar sus apetitos carnales, un robot que recordaba a C3PO pero muy dotado y que servía a su pesar para saciar esos apetitos.

Aunque no tan recordado como Manara o Altuna, hay que reconocer que las mujeres dibujadas por Azpiri merecen un lugar de honor en el imaginario colectivo. Suelen ser estilizadas, de generosos pechos, fuertes y dominantes.

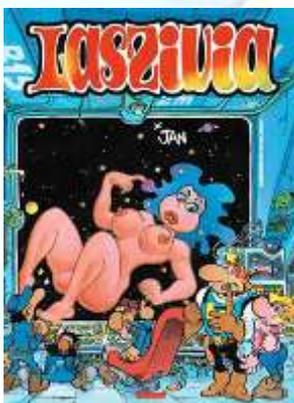
Reconozco que no profundicé demasiado en la serie. Sólo tengo el primero de los álbumes recopilatorios que editó Norma y leí prestado el segundo. Pero su lectura me dejó huella y quería recordarla.

LASZIVIA (JAN)

En esta ocasión no se produjo un encuentro, sino una búsqueda. Y muy activa. A mediados de los 80 yo ya estaba rendido a la

obra más infantil de Jan (Pulgarcito y Superlópez). Nada sabía de su producción para adultos. *Laszivia* fue un encargo de Norma editorial para su cabecera *Humor a Tope* y empezó a publicarse en 1984. Con posterioridad leí ocasionalmente algún número de esta revista, pero sin acertar a coincidir con esta joyita (aunque me permitió conocer a mi adorado Édika, pero esa es otra historia). Más bien conocía de su existencia como una leyenda urbana. En 1986 se recopiló en álbum, pero aún así tarde un tiempo en poder dar con ella.

Cuando pude leerla, me encontré con un tebeo de ciencia ficción, humor y erotismo con el inconfundible estilo que yo tan bien conocía por entonces. Cuenta la historia de una expedición encargada de explorar el planeta Laszivia (un planeta con forma de mujer, desnuda, por supuesto) compuesto por regiones que se corresponden con los siete pecados capitales.



Soy un fan devoto de Jan, y cuando pude por fin hincarle el ojo a esta obra sentí como si cubriera una importante carencia. La obra es breve (apenas 50 páginas) pero imprescindible. Por cierto, apostarí algo a que el

responsable de la caracterización de Zapp Brannigan en *Futurama* leyó esta obra en algún momento de su vida. Ahí lo dejo, para la polémica y el debate.

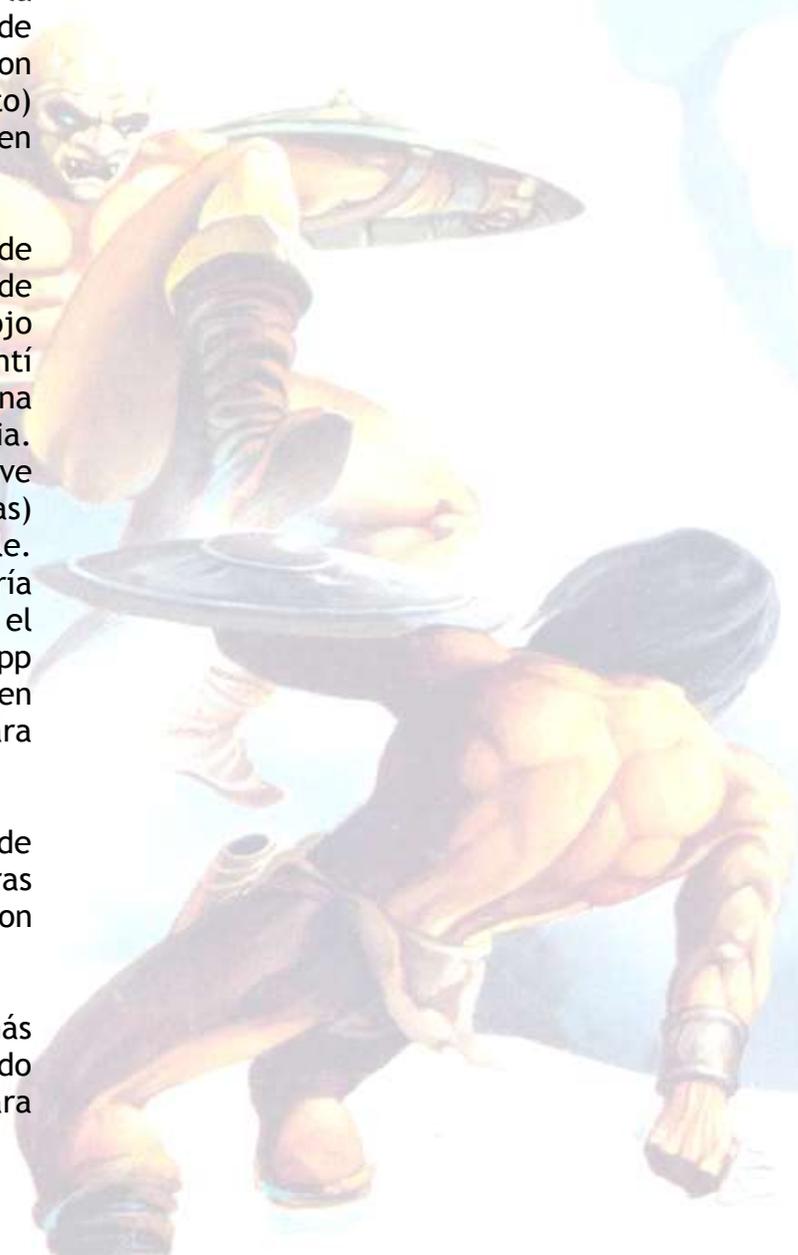
Al repasar estos títulos me doy cuenta de que, con gran cantidad de cabeceras periódicas que había que nutrir con regularidad.

Desde luego, hubo más series y géneros, más autores, personajes y títulos. Pero he tenido que aplicar un criterio selectivo para

encarar esta primera colaboración. Y este no ha tenido nada que ver con la calidad o la relevancia histórica, sino que ha sido puramente sentimental y local, por eso de acotar un poco.

Que nadie busque ninguna pretensión de ilustración ni ánimo de exhaustividad por mi parte. Simplemente me ha movido el placer de recordar a viejos amigos. Si en el camino he logrado alguna sonrisa cómplice, sacar del olvido para alguien algún título o despertar la curiosidad de algún lector, me doy por satisfecho.

...todos comparten una característica, prácticamente desaparecida de las publicaciones actuales: Su carácter episódico. Todas son recopilaciones de historias cortas y autoconclusivas. Un vestigio del momento que vivían las editoriales entonces...



DRUILL

NUESTRO GRITO

TEXTO: JAVIER PELLICER

ILUSTRACIÓN: ABEL PORTILLO



«Paseaba por un sendero con dos amigos. El sol se puso. De repente el cielo se tiñó de rojo sangre. Me detuve y me apoyé en una valla, muerto de cansancio. Sangre y lenguas de fuego acechaban sobre el azul oscuro del fiordo y de la ciudad. Mis amigos continuaron y yo me quedé quieto, temblando de ansiedad. Sentí un grito infinito que atravesaba la naturaleza.»

Edvard Munch, sobre su cuadro «El grito»

En algún lugar...

La avenida principal parece sacada de una de esas películas norteamericanas de animadoras de instituto: tiendas de ultramarinos, gente que se detiene para charlar con todo hijo de vecino, saludos aquí y allá... Da la impresión de que estén participando en un concurso de simpatía. Seguro que gana el que se desgarre antes la boca con una sonrisa.

«El Paraíso en la Tierra», reza el cartel que da la bienvenida al pueblo. Y joder, sí que es todo como un puñetero cuento de Disney. Casi estoy esperando que salgan los pajaritos que vestían a Cenicienta —¿o era Blancanieves? No hago más que confundirlas.

Vale, de acuerdo, soy una idiota y me quejo de todo. Es uno de mis defectos, y tengo para dar y tomar. Pasen por caja y recojan unos cuantos, que voy sobrada. Ya me lo decía mi madre: «No haces más que refunfuñar. Y además te pasas el día soltando palabrotas». Tiene razón, claro. Las madres siempre tienen razón —y si no, se la damos, para que no nos salgan con eso de que «si me hubieras hecho caso...»—. Pero coño, sienta tan bien soltar un taco de vez en cuando y rezongar un poco. No me sale del níspero que me crezca una úlcera por tragármelo todo.

Mejor si volvemos al tema, que no hago más que desvariar. ¿No es esto lo que quería? Un pueblo de bonachones, donde comenzar una

nueva vida y sacarme toda la mala hostia que he ido acumulando en los Madriles —me encanta llamar así a la capital, me hace sentir como que estoy en una de esas novelas de Alaric—. Fuera estrés y todo eso que se dice... Quitarse la etiqueta de perdedora que he llevado siempre colgando en la espalda, como si fuera el monigote de una inocentada sin fin. Aquí nadie sabe que fui una niñata —o marimacho, como me llamaron algunas «amigas»— que creyó que podría ser soldado profesional, pero a la que le dieron la patada tras cagarse en los pantalones durante su primera misión en Afganistán. Tampoco sabrá nadie que tras aquella ración de vergüenza tuve que contentarme con ser una simple oficinista.

Sí, sé lo que estáis pensando: ¡Qué trabajo más emocionante! —modo sarcasmo *on*—. Pero me la sopla lo que opinéis. Ya me gustaría veros aguantando al cabrón de mi ex jefe. Menudo tirano de mierda. Era peor que el teniente Vilas. Al menos éste nos hacía reír de tarde en tarde con sus imitaciones del *Cuñao* y el *Pozí*. Alguna cosa buena tenía que tener el Ejército.

Sea como sea, he venido aquí para olvidar todo eso. Ya me he hartado de estar siempre cayéndome, levantándome y volviéndome a caer. Tanta hostia no mola, a pesar de que una pueda estar acostumbrada. Quizás aquí pueda encontrar la placidez que jamás he conocido. Aunque bueno, viendo el escenario, casi temo convertirme en una de ellos. Quizás tendría que haberlo pensado mejor. Aunque entonces seguro que me habría dado el canguelo. Como si lo viera.

Necesito un pitillo. Sí, ya sé que había prometido dejarlo, pero me siento descolocada. Eso me pone nerviosa y ya podéis imaginar por qué vicio me da cuando eso ocurre. Rebusco en el abrigo pero no encuentro nada. Genial, lo que me faltaba.

Me meto en una de esas tiendas que he mencionado antes. Es el típico establecimiento donde puedes encontrar desde una revista del corazón a cebollas en conserva. Ya que estoy, pillo una botella de vodka —algo me dice que la necesitaré—. Por último, cojo una cajetilla del tabaco más

caro —si voy a ensuciar mis pulmones, que sea con estilo—, y me dirijo al dependiente: un muchacho con la cara llena de granos, que se entretiene haciendo globos con el chicle que mastica ruidosamente. Al mismo tiempo, está leyendo uno de esos mangas donde las chicas llevan unas falditas tan cortas que se les ven las bragas sin necesidad de bajar la cabeza —para solaz de los fans hiperhormonados—, y cuyos ojazos son más grandes que los de un búho. Cosa extraña, pues las japonesas tienen los ojos como si se pasaran el día chupando limones.

Salgo de la tienda con un cigarro ya enchufado. ¡Joder, no me sabe a nada! Pero aún así, dale que te pego, una calada tras otra. Como si, a estas alturas, lo hiciera por el sabor...

Bueno, doy unas vueltas y, casi sin pretenderlo, me planto en mi nueva casa cuando el sol ya se ha puesto. La verdad es que el adosado no está nada mal. Cuenta con una escalerita que da a un porche. La fachada tiene colores claros, de un beige bastante agradable. Dos pisos, en la planta alta los dormitorios y debajo una sala comedor. Baños en ambos niveles, el de arriba incluso con una bañera tipo *yakusi*. En la parte trasera, un pequeño jardín. Una ganga que solo me ha salido por noventa mil euros. Benditas inmobiliarias medio arruinadas.

En cuanto entro me golpea el olor a nuevo. Lo odio, es como estar en una habitación de hospital. Así que me meto un par de lingotazos para que ya no me importe nada. Con media cogorza en el cuerpo, me digo que ya está bien por hoy. Es hora de subir a dormir en una cama que sea completamente mía, y no como últimamente, que no hacía más que pernoctar en las de novios con brazos de pulpo. Para exponer en un museo, mi lista de conquistas. Pero en un museo de los horrores. ¡Ja! ¡Soy una cachonda! Me salen las paridas sin despeinarme.

Y entonces es cuando viene lo fuerte. En cuanto pongo el pie en el primer escalón, una oleada de vértigo me pega un directo que ya lo quisiera Poli Díaz en sus mejores tiempos. Me aferro al pasamanos, pero al

levantar la cabeza... Joder, no sé cómo no me cago encima. Los peldaños... ¡supuran sangre! Sí, lo juro por Dios. No se trata de un torrente como en *El Resplandor* —Y por suerte tampoco se me apareció el Jack Nicholson con un hacha, eso sí habría sido para irse por la pata bajo—. No, es algo mucho más angustioso. Es como si cada escalón sangrara, acumulándose el caldo hasta ir resbalando poco a poco hacia abajo.

Y tan pronto como llega, todo se esfuma. La escalera está bien, blanca con tarimas de mármol, nada del otro mundo. Un escalofrío me recorre el cuerpo, y me digo que me he pasado de verdad con el vodka. Sí, tiene que ser eso.

Aún así, subo de puntillas hasta el piso de arriba.

Ha sido una mala noche, cómo no. Me la he pasado revolviéndome en la cama, durmiendo a destiempo, ni totalmente *grogui* ni del todo despierta. Ruidos, sensaciones extrañas, musiquillas inquietantes, sueños cargados de excitación brumosa, vacíos y vórtices que me engullen...

Salgo de mi nueva casa con el rostro ceñudo. Tendría que haber comprado algo de comer ayer, en vez de ese estúpido vodka... Mmm... Qué raro. No tengo resaca. ¿Me habré vuelto inmune? ¡Aleluya!

No es que tenga mucha hambre, pero para no perder las costumbres decido que no sería mala idea tomar algo. Si no, luego a media mañana voy muerta.

Me meto en la primera cafetería que encuentro —tampoco hay tantas como para elegir, solo he visto dos—. No está muy lleno: un par de camioneros de paso por la ciudad, otros dos polis desayunando antes de ir a la comisaría, y tres tíos en la barra. Uno está bastante bueno, aunque seguro que es un palurdo pueblerino. Me siento en un reservado y le pido a la camarera un café.

—Lo más cargado que pueda. ¡Ah, y tráigame también un bollo!

No me hace ni puñetero caso, pero un

instante después tengo ya el panecillo y la taza delante de mis morros. Sin azúcar, qué demonios. Me gusta bien fuerte, amargo, que me haga poner una mueca —vamos, como los tíos—. Aún así, tal vez por impulso, muevo la cucharilla.

¡Mecagüen la puta! ¿Qué coño...? Aparto las manos y me hecho para atrás. ¡Madre mía! Del caldo oscuro del café está surgiendo algo rojo... ¡Sangre! ¡Otra vez sangre! Y el bollo... ¡Hostias, salen gusanos! Largos, viscosos, con pequeñas bocas dentadas, y que no dejan de retorcerse... Le doy una voz a la camarera, que no sé si me sale o se queda en un susurro, del acojone que me invade. El corazón... jamás me había latido tan fuerte.

Y entonces, cuando me vuelvo hacia ella...

Es lo más horrible que jamás he visto. Una caricatura blasfema. De pronto la chica tiene el semblante consumido, demudado en una mueca espeluznante: la boca abierta como lanzando un grito al infinito, un aullido preñado de una desesperación informe que ni el mejor escritor de terror sería capaz de adjetivar; la piel, más pálida que la cal, parece traslúcida, y por un momento me da la impresión de que puedo ver sus músculos, y luego los huesos, y después la barra del bar. Pero lo que no es transparente son las lágrimas de sangre que se deslizan de unos ojos abiertos de par en par al abismo, a la brutalidad de lo incomprensible.

Y grita. Grita tanto como yo. Su berrido es el mío. La estridencia que sale de su boca me traspasa, y no soy la única. Todos los clientes se sobresaltan. Al mirarla a ella, y luego a mí, se convierten en lo mismo: monstruos con la boca abierta en canal, gimiendo empapados en la sangre que brota de sus miradas vacías, y aún así más poderosas que sus fugaces cuerpos. Pero casi ni lo advierto, porque estoy ocupada escapando de aquel lugar, de aquellas cosas que yo creía que eran humanas, pero que deben ser horrores llegados del Infierno.

Salgo a la calle... Cálmate, me digo, mientras de un bandazo abro la puerta y dejo que la luz mañanera me inunde. Estás

alucinando. Igual ni siquiera has despertado todavía. Recuerda: una mala noche. O tal vez se trata del puto alcohol. Necesito un poco de aire fresco y todo volverá a la normalidad. Joder, has estado en la guerra. Saliste indemne, sin volverte loca. Si, te faltó poco para desertar, dejaste caer tu fusil y te measte encima cuando nos atacaron en emboscada aquellos talibanes desgraciados. Pero no te volviste demente perdida.

Así que esto pasará. Sé que pasará. Sí, vale, a partir de ahora seré el hazmerreír de este pueblo de mierda, la grillada que se puso a gritar en un bar. Pero nada que el tiempo no cure.

Tiempo lento que no transcurre... Aire grosero que satura mis pulmones...

Me detengo en cuanto piso la calle. ¡No, no, no...! ¿Cómo puede estar pasando algo tan horrible? El cielo se ha teñido de un rojo sangre —la sangre, siempre la sangre—, una refulgencia claramente febril, como aquel cuadro del tipo ese que grita en un embarcadero. Las nubes... las nubes chorrean, como si fueran heridas abiertas en una bóveda tan recargada que me asfixia. Es inevitable. Empieza a llover. No gotas de agua, sino más de esa savia vital que debería recorrer venas y no caer del cielo. Me miro las manos. El carmesí de aquel caldo me mancha y luego se evapora como el alcohol. ¿Me rehuye?

Lástima que el aire no hiciera lo mismo. Se me pega a la piel como si de aceite se tratara: denso, empalagoso, grasiento. La ciudad parece estar amortiguada en la profundidad y el lapso, existiendo entre dos latidos opresivos. Y el suelo... ¡La madre del cordero! Es pus, que brota como hongos creciendo un millón de veces más deprisa de lo normal.

Toda la tierra es un tumor.

Brotan excrecencias donde poso la vista; tentáculos con ventosas, zarcillos con piel de batracio; manos descarnadas, pútridos dedos sin uñas, hambrientos quién demonios sabe de qué. Los arbolillos que, de tanto en

tanto, guarecen la avenida, se retuercen como serpientes de las que surgen más serpientes. Las fachadas bullen en estallidos de un moho ocre que provoca llagas, pústulas hinchadas, al igual que ocurriría con un cuerpo abrasado.

El Infierno, el puñetero Infierno se ha adueñado del mundo. ¿Qué otra cosa puede ser?

Y la gente. Son todos como los de la cafetería. Se transforman en monstruos siniestros cuando me ven; abren las fauces, algunos tanto que se comen a sí mismos la cabeza. Braman, no con gritos normales. Son chillidos estridentes, una cacofonía aguda, angustiada, quejidos lastrados de un terror tan pavoroso que me traspasa en todo los planos de mi existencia. Un retumbar acompaña a los aullidos; un resonar llegado de aquél cielo obscuro. Parecía que la mismísima realidad estuviera siendo arrastrada como un vulgar mueble.

Todos ellos... son jirones de bruma con ojos líquidos, húmedos de rojo pasión. Sus siluetas están difuminadas, parpadean pasando de ser pálidas manchas con forma humana a simples transparencias, como el papel fino empapado en grasa oleosa.

Espíritus. Si, eso son. Almas en pena.

Toda la puta ciudad es un nido de muertos.

Siempre había creído que los fantasmas serían tipos más o menos estáticos, cadavéricos pero bastante formalitos. Que irradiarían un fulgor verdoso, como los gusiluces de los niños. Todo es culpa del cine, y de la televisión. Claro, vemos una serie donde una gilipollas ayuda a los pobrecitos fantasmas a resolver sus asuntos pendientes y nos creemos que ya lo sabemos todo. O a los Cazafantasmas, cazando con rayos láser a bichos espectrales que parecen luciérnagas. Y luego te topas con esto... Nada que ver.

Lo que tengo ante mí es abyecto, aberrante. Es un muro de muertos, incorpóreos por momentos, como flashes que vienen y van. No son blancos, inmaculados y limpios, y por supuesto no llevan sábanas y estúpidas

cadenas. Hay sangre, y desesperación, angustia. Y miedo, tanto miedo que se puede cortar con un cuchillo. En mí es tan intenso que apenas me deja pensar, que casi me borra la necesidad de respirar, o de que mi corazón lata. Pero lo peor no es la sensación que me produce a mí. Yo estoy viva, y se supone que tengo que sentir ese pavor. Sin embargo, ellos, que están muertos, demuestran un terror mayor incluso que el mío. Es eso lo que los hace tan aterradores.

Empiezo a correr sobre aquella gangrena palpitante que antes llamaba suelo, esquivando a los espíritus. Pensaría que es curioso, si no estuviera medio enloquecida por el terror: los muertos se apartan de mí, no tratan de agarrarme ni nada parecido. En realidad, huyen, propagando sus gritos a mi paso, como si fuera una infección.

No estoy para ir cavilando. Siento que las sienas me van a estallar. Me las tomo con las manos, en un intento de evitar que la cabeza me reviente como una piñata. Pero entonces, ¿cómo me aferro la garganta? ¿Cómo detengo el vómito que me sube desde el estómago? Me atenaza, obligándome a dar zancadas erráticas, a levantar la vista aunque no lo deseo; a enfrentarme a su visión, abominante. ¡Dejadme! ¡Marchaos! ¡Ya basta! ¡Id donde tengáis que ir, al Cielo o al Infierno!

Miedo y Muerte. Miedo y Muerte. Todo concentrado en el pecho. A eso se reduce, a sentir en tus tripas. Es una sensación visceral, nada de demencias del coco. Se trata de sentimientos de aversión y pavor, convertidos en enjambres que me pican una y otra vez el alma, inmisericordes.

Una iglesia. La iglesia del pueblo. ¡Sí, coño! ¡Es la solución! ¡Suelo santo y todas esas chorradas que dicen! Allí estaré en paz.

Me lanzo como una desesperada y atravieso los portones. Con suerte, habrá un cura dentro y podrá hacer un exorcismo, o algo por el estilo. Aunque va a necesitar litros y litros de agua bendita.

Me recibe una sala no demasiado grande,

pero tan vacía que parece inmensa. No hay nadie. Bueno, tal vez sea suficiente. Miro atrás, y contemplo un tanto decepcionada que la horda de muertos no me ha perseguido. Habría estado bien ver el efecto que causaba en ellos la iglesia.

Entonces escucho pasos. Me giro y me encuentro cara a cara con un sacerdote. Al principio no parece hacerme caso, y de pronto... ¡No! ¡Él también! Se vuelve difuso como el resto, los ojos estallan en húmedos regueros de carmesí. Pero hay algo extraño, algo diferente.

No grita. Su boca no se ha abierto desmedida. ¿Debería calmarme? Tal vez, pero la razón se difumina cuando esa cosa con sotana que viene y va alarga su mano... y me toca.

Frío. Un frío que me lacera de dentro a fuera cuando el apéndice me atraviesa como una brisa. Pero no un frío simplemente helado, más lo quisiera yo. Es una sensación desgarradora, un arpón clavado en mi alma, una flecha de otro mundo que se hiende en la carne. Un anzuelo que trata de mantenerme fijada, pero que me produce el rechazo de lo incompatible. Como si yo estuviera de más allí... o de menos.

La fortaleza que pueda quedarme se resquebraja.

Tengo que salir de este pueblo. ¡Ya! Me lanzo a la carrera como una loca. ¡Qué demonios, quién no lo estaría con todo lo que está pasando! Toda una ciudad llena de muertos, de fantasmas. ¿Cómo habrá ocurrido? Todos muertos, de golpe. Un momento antes eran seres humanos vivos, y de pronto... ¡Zas, en toda la boca! Joder, ni que fuera una plaga bíblica o algo así. Pero también ha afectado a la tierra, a los árboles, al cielo... Quizás sea el Apocalipsis, o una cosa de esas demoníacas, vete tú a saber. La Maldición de Nosedónde.

Salgo por patas de la iglesia. Tendría que ir a por mi coche, pero la cabeza no me pirula como debería. Sigo corriendo, huyendo de los espíritus sangrantes. Ellos siguen apartándose a mi paso, como si yo fuera el

monstruo. ¡Tendrá cojones la cosa! ¡Encima han salido cobardes y remilgados! Aunque imagino que así mejor.

Ya falta poco. Vaya, no está mal. He cubierto los dos kilómetros de la avenida como si nada, y ni siquiera me siento cansada. Ahí está, el puto cartel de bienvenida —ese que jamás habría tenido que rebasar—. Algo me dice que en cuanto lo traspase todo irá bien. Buscaré ayuda. Daré la voz de alarma y que venga el ejército o quien coño sea. Que lancen cuatro bombas, por mí como si quieren dejar caer la de Hiroshima. A tomar por el culo todo: casas, calles y fantasmas.

Pero no puedo. Es como un muro, o mejor, como si algo tirara de mí hacia atrás, una cuerda atada a mi cintura que me impide dar un paso más. ¡No, no! ¡No me digas que estoy atrapada aquí! ¡Maldita sea, no quiero pasarme la puñetera vida con estas monstruosidades!

¿Qué voy a hacer? ¡Dios, Dios! Me la has jugado a base de bien. Solo de pensar en todos esos seres que aúllan al verme quiero arrodillarme, abandonar, acurrucarme y llorar. Dejarlo todo correr. Dormir para siempre. Pero esta infecta tierra, esta costra pestilente de donde germinan brotes y manos esqueléticas, no invita precisamente a echarse un sueñecito.

—Ya vale, Eva.

¿Quién ha dicho eso? Tengo uno a mi lado, seguro. Aunque hasta ahora no me han dicho nada coherente, solo se han limitado a chillar. No, espera, es diferente. No parece uno de ellos. No, incluso diría que es normal, si es que recuerdo lo que es eso: una mujer bajita, rechoncha, con grandes aros en las orejas y un pelo tan negro que brilla; un vestido floreado, generoso como su figura. Tiene la piel ligeramente oscurecida, no como una señora negra. Más bien tiene toda la pinta de una gitana.

Supongo que el ver a alguien humano es el motivo de que me ponga de repente a llorar. Tanto que ni siquiera me planteo cómo es que sabe mi nombre. Pero antes de que dé

dos pasos hacia la que espero sea mi salvadora, ella me detiene con una orden.

—¡No! ¡No debes tocarme!

Frunzo el cejo. ¡Habrás visto, la muy agría! Si no estuvieran las cosas como están, la hubiera mandado a freír espárragos.

—¿Quién eres? ¿Qué está ocurriendo aquí? — Le exijo. Puestos a ser desagradables, yo también sé jugar a eso.

—¿De verdad no lo sabes?

—¿Tengo cara de saberlo?

—No, claro. Si no, no estarías aquí.

—Eso te lo puedo asegurar. ¿Por qué coño no puedo irme?

—Estás atada a este lugar. Ven, acompáñame.

¿Pues no va la tía y me señala el centro de la avenida, donde todos esos muertos siguen mirándonos?

—¡Anda y que te zurzan! ¡Y un huevo me acerco yo ahí!

—¿Quieres que todo se arregle? —Asiento; a estas alturas ya me ha quedado claro que esta tía es algún tipo de bruja; al menos tiene toda la pinta—. Pues entonces tienes que enfrentarte a tus miedos.

—Pero ellos...

—No te harán nada. Están tan asustados como tú.

Hay que reconocer que la gitana transmite confianza. Aunque más bien debo ser yo, tan destrozada emocionalmente que me aferro a lo único que parece normal en toda aquella locura. Camino junto a ella, tratando de luchar contra el terror que me impulsa a dar media vuelta y salir corriendo, aun cuando sé que no podría ir muy lejos. En varias ocasiones estoy a punto de derrumbarme, pero ella me sustenta con su aura de seguridad.

De repente, parece como si el aire, tan pútrido y denso como melaza, se aclarara un

poco.

Algunos de los fantasmas huyen, lanzando más de esos berridos vomitivos. Pero otros, en cambio, se quedan a cierta distancia de nosotros, observando con esos ojos enormes, cargados de terror y sangre.

—¿También puedes verlos? —le pregunto a la gitana.

—Claro que sí, aunque no como tú. Para mí son... diferentes.

—¿Por qué están aquí? ¿Por qué me aterrorizan? —La verdad es que me importan una mierda los motivos. Lo único que quiero es largarme.

—¿No te has planteado que el problema no son ellos, sino tú?

Esta sí que es buena. Aún resultará que tengo yo la culpa. Definitivamente, esta tía me está cayendo gorda.

—¿Yo?

—No eres de este pueblo, ¿verdad, Eva? — Niego con la cabeza, claro—. ¿Cuánto hace que has llegado?

—Ayer mismo.

—Bien. ¿Cómo llegaste?

—En coche, por supuesto.

—¿De veras? ¿Dónde está?

«Frente a mi casa», quiero responderle, pero no puedo. ¿Por qué no puedo?

—No... No lo sé... —suelto, sin pretenderlo.

—Ahora quiero que recuerdes cómo has llegado hasta el pueblo.

—¿A qué coño te refieres? —le digo, ya un poco molesta por este estúpido cuestionario.

—Deja de escupir tacos. Pronto entenderás que no tiene sentido hacerlo —me riñe, la tía imbécil—. Lo que te estoy pidiendo es que me describas el viaje que te ha llevado hasta aquí.

—¿Cómo usted mande, *seño*! Pues salí hace

unos días de Madrid, con mi coche cargado de maletas, en dirección a este pueblo, donde tuve la genial ocurrencia de comprar una casa. Iba por la autopista hasta que me desvié por una carretera nacional, y luego...

Callo de repente. Mierda. No puedo recordar lo que sigue. ¿Qué cojones está pasando? Sé que cogí la carretera de Ávila a Toledo, pero al tratar de hacer memoria de lo que sigue... nada. ¿Por qué? ¿Y por qué de repente me entra una angustia tan grande?

—No puede ser...

—Al fin lo entiendes.

—No...

—Abre los ojos del alma.

—¡No! ¡No!

Chillo. Y conmigo, los muertos. Todos juntos, a una, como una misma criatura. Es mi grito. Es su grito.

Nuestro grito.

Me aferro la cabeza con las manos, abro la boca como si fuera a devorarme a mí misma y me convierto en uno de ellos. Las barreras que oscurecían la verdad, las que me empañaban de mentira, crujen y, un suspiro después, se hacen añicos.

Ya está hecho. El velo que me cubría los ojos ha sido desgarrado. Y entonces lo veo, la realidad que nunca imaginé. Todo encaja. Los muertos han estado diciéndome algo sin siquiera pretenderlo. Pero yo no he querido escucharlos. No he querido ver el miedo que destilaban, su horror, y comprender a qué era debido.

Los fantasmas no son ellos.

Soy yo.

Están mirándome, más asustados que nunca. Sin embargo, ya no son monstruos. Sus facciones han vuelto a ser humanas. Pero la realidad es que mi percepción ha sido limpiada. Solo hombres y mujeres obviamente sobrecogidos ante aquella presencia sobrenatural. Nada más.

Y el cielo tampoco es rojo, ni las nubes derraman sangre. El suelo que pisan mis ahora insustanciales pies ha vuelto a ser normal: del color y la consistencia del asfalto, quizás no tan sano como la tierra pero casi. Los árboles de nuevo tienen hojas, y no lenguas bífidas. Y la putridez del ambiente se ha trastocado por otra cosa más agradable, un olor suave, a rosas. A libertad.

—¿Lo entiendes ya? —me pregunta la gitana.

Por supuesto que lo entiendo. Ahora todo es plenitud, ya nada está escondido. O al menos las cosas relacionadas conmigo. El pensamiento lo es todo. Todo lo físico se está esfumando, poco a poco, conforme acepto mi condición no material.

—Sí, claro. Tuve un accidente de coche durante el viaje. Morí, pero no lo sabía. Mi espíritu, que se creía vivo, vino aquí como se suponía que debía hacer mi cuerpo.

—Así es. Quisiste aferrarte al mundo real, como tantos otros espíritus hacen.

—Por eso nadie me veía. —La mujer asintió—. El café, el vodka, el bollo, los cigarrillos, la borrachera... todo creado por el poder de mi imaginación y mi voluntad de seguir viva. Pero no era ya de este mundo, y esas alucinaciones monstruosas fueron el modo en que mi alma trataba de decirme que me fuera. Trataba de expulsarme a través del miedo.

—Lo he visto en más de una ocasión, querida. Es la causa de todos esos fantasmas que aterrorizan a la gente como tú has hecho. Lo hacen porque nos creen a nosotros, los vivos, unos monstruos.

—Y el sacerdote... Quiso ayudarme, por eso no gritaba.

—No podía hacer nada por ti. El problema, como te he dicho, eras tú. Los rezos no sirven en estos casos. Es más cuestión de... psicología.

Gracioso. Quién hubiera pensado que los muertos también necesitaran loqueros.

—Gracias por ayudarme, Clara.

—Va con mi don —sonríe—. Los mediums hacemos mucho más que lo que sale en las películas.

Bien, todo ha quedado solucionado. Me sabe mal esta gente, pero imagino que ahora tendrán mucho de lo que hablar. Igual les va bien de cara al turismo. «El pueblo de la fantasma». Apuesto a que daría para alguna atracción, incluso para un parque temático.

Mientras tanto, yo tengo que iniciar un nuevo viaje, seguir avanzando —esto me recuerda al final de esa famosa serie—. Aunque el destino al que ahora me dirijo es bastante más interesante que un pueblucho de mierda.

¡Oh, vaya! Olvidaba que ahora ya no tiene sentido soltar palabrotas. La costumbre, supongo.

Esperemos que Ahí arriba no les importe.



NEPCOROP RECUPERADO

TEXTO: MAURICIO DEL CASTILLO

ILUSTRACIÓN: DAVID VELÁZQUEZ



—¿Para qué querías verme? —quiso saber Artiaga, un poco curioso ante tanta intriga. Solo pude devolverle una sonrisa nerviosa y un tanto comprometida.

Artiaga y su cinismo eran como Edison y su inventiva. Los dos nos habíamos hecho un mundo privado; cada uno lo usaba para su instrucción y provecho. Aunque yo, sin embargo, no fastidiaba a nadie salvo a la junta directiva del instituto, y Artiaga a todo aquel que se le cruzara en el camino. De todos modos, no era un hombre malvado. Era un hombre astuto y había descubierto muy pronto el valor de escuchar a la gente. Ningún otro podía curar con éxito años y años sin escuchar a los pacientes a quienes trataba.

Preparé dos tazas de café, sin apartar la mirada de él.

—Hay alguien que quiero que conozcas —dije—, un paciente internado aquí. Una fantasía le impide ver la realidad de las cosas y se aferra a ella. Lleva más de tres años internado, pero no hemos podido resolver su estado.

Estuvo a punto de tomar el primer sorbo cuando escuchó eso y preguntó:

—¿Hay algo fuera de lo normal en este caso, Santos?

—¡Aún no sabes todo! —exclamé—. Durante estos últimos tres años nuestros estudios y mi mente clínica me han indicado que mi paciente no fantasea, que no inventa ese material. He probado todo tipo de diagnósticos psiquiátricos posibles, pero su estado psíquico, motriz e intelectual son normales, y no explican esas revelaciones.

—¿De qué fantasía hablas? —quiso saber enseguida—. Vamos al grano, Santos. No me has traído aquí para enseñarme el caso psiquiátrico más importante del siglo. Veamos los hechos. Los necesitaré para darte mi opinión y sugerirte un posible tratamiento.

Traté de encontrar las respuestas en el fondo de mi taza de café sin ningún éxito. Luego de encender un cigarro, me acomodé en mi silla y dije:

—Dice llamarse Oxan Cinco. ¿Extraño nombre, no? —Di una fumada para recalcar mis palabras—. Fue encontrado en una carretera al sur del país. Iba completamente desnudo. Un grupo de locatarios lo observaron cuando pasaban por ahí. Al llegar al pueblo más cercano lo denunciaron por su «falta a la moral». En sus manos llevaba una especie de maqueta. No dijo nada acerca de un robo o de un atraco. Por lo que escuchamos, estaba muy confundido. No sabía dónde demonios estaba.

—Sigo sin entenderlo —comentó Artiaga y yo me pregunté cómo podía saber qué era o no conciso como especialista en casos crónicos—. Desnudo, solo, con una maqueta... ¿Dijo de dónde venía?

—Del año 2700. Ni más ni menos —contesté, con el temor de que Artiaga lo tomara como un disparate y se fuera sin dejarme terminar el relato—. Y ya sabes: tengo que lidiar con ello casi todos los días. Este hombre está muy perturbado.

Estoy casi seguro que Artiaga hizo un esfuerzo para determinar si yo estaba bromeando o no. Mis observaciones siempre eran objetivas. Pero la fantástica mente de Oxan parecía seguir un camino propio y diferente, tal vez autoconsciente, pero sin relación alguna con el mundo circundante.

—Bien —comenzó Artiaga—. Lo único que puedo decirte es que no veo nada que no puedas lidiar tú solo.

Me levanté del escritorio, fui hasta la ventana y contemplé pensativo la ciudad. Sentí cómo la mirada de Artiaga se clavaba en mí.

Giré y exclamé:

—¡Ignoro cómo un hombre así puede negarse a la realidad de esa forma! —Con más calma, continué—: Tal vez puedas ayudarme.

Hablarás con él a fin de que se dé cuenta de la realidad. De *su* realidad.

Artiaga intentó apaciguar mis dudas:

—Por eso está encerrado, Santos. Es un hombre con un claro trastorno de identidad.

—No, Artiaga. Te equivocas. Él se niega a ver la realidad, y tú me ayudarás a hacérsela ver.

Nos dirigimos a la habitación de Oxan situada en el ala oeste del instituto. Luego de innumerables ascensores y puertas que abrir, escuchamos la voz de Oxan tararear una canción justo al final del pasillo.

Pasé la tarjeta por la ranura y la puerta se abrió silenciosamente.

Oxan levantó el rostro. Estaba sentado al borde del catre, con la cabeza baja y los hombros caídos. Tenía la capacidad de hacer que uno enfocara toda su atención en él, así fuera a estar en una muchedumbre con gigantes o en una discoteca. Los movimientos de su cabeza y miembros eran lentos, pero al mismo tiempo hipnotizantes. No dio la impresión de querer comportarse a la altura de las circunstancias, sino que se limitaba a observar con ingenuidad y cierto reparo lo que sucedía en cada segundo. Y cuando lo hacía parecía llevar consigo una ola enigmática.

—¿Cómo se encuentra, Oxan? —pregunté—. Aquí tengo a un viejo colega que nos puede ayudar con su problema.

El paciente abrió los ojos. Sonrió. Era un tipo de sonrisa que no había visto antes, pero que podía haber imaginado. Era la de un simple niño reconociendo a un familiar o amigo. Lo que resultaba extraordinario era que no resultaba ridículo y que de verdad era un hombre adulto. Sacudió la cabeza y dijo con su extraño acento:

—Oh, por supuesto. Aunque no sé si pueda entender algo de mi ciencia. Yo vengo de una era muy adelantada.

—Este es el doctor Artiaga —dije—. Creo que ustedes dos se llevarán bien.

Cuando Oxan estaba por ofrecer la mano a Artiaga, algo hizo que la retirara y la escondiera a fin de no volver a hacerlo de nuevo. Se puso de pie con súbita rapidez, sin dejar de mirar a Artiaga de un modo un tanto peculiar.

—¡Usted! —exclamó, con una voz ronca que vino a romper la calma. Su jadeo hizo que las aletas de su nariz comenzaran a hincharse de forma muy frenética. Artiaga retrocedió, pero eso no fue suficiente para quitarse el embiste de Oxan. Se vino abajo como un ascensor descompuesto, cayendo de espaldas, intentando por todos los medios hacerse de un poco de aire, pero las manos de Oxan no soltaban su garganta.

Intenté separarlos mientras gritaba:

—¡Oxan, detente! ¡Lo estás lastimando!

—¡No! ¿Qué no lo ve, doctor? ¡El lástima a mi gente! ¡Mi propia gente!

Alcancé a ver a dos guardias entrar a la habitación. Sometieron a Oxan en el suelo, mientras Artiaga trataba de recuperar aire.

Luego de intentar hablar con Oxan tomé la decisión de que le aplicaran un tranquilizante y lo mantuvieran en vigilancia las 24 horas. Luego de eso hice todo lo posible por calmar la molestia de Artiaga.

Me sentía mal, Muy mal. Pensé: «Éste es un trabajo con autoridad, con ningún poder real. Los analizo, los diagnostico y determino su libertad y permanencia. Tengo que hacer mi propia justicia y ejecutarla yo mismo. Oxan se convierte de un tranquilo paciente a un asesino potencial sin razón aparente.»

Estaba asustado e incómodo y, al mismo tiempo, con una tremenda decisión entre manos.

Mientras atendían la herida en la frente de Artiaga, comenté:

—En cuanto a su asociación contigo, me ha dicho que tú eres el Alguacil de los Sacerdotes; su perro guardián, por decirlo así.

Apenas pudo esbozar una sonrisa, pero en ella se coló un claro disgusto:

—Qué gracioso. Él cree que soy un alguacil del futuro.

—Y no solo eso. Él piensa que este alguacil destruyó Nepcorop.

—¿Nep... Nepcorop? —preguntó con el ceño fruncido—. ¿Qué significa eso?

—Eso es lo más extraño de todo. Oxan me reveló el sistema de células de su organización, así como un organigrama, desde el líder hasta unos cuantos subordinados. Pero con respecto a la maqueta y la palabra «Nepcorop» se negó a revelármelo.

Ordené que se le suministrara naproxeno para calmar los dolores recibidos por los golpes e hicimos una última parada en la bodega del sótano. Firmé la hoja de recibo. El encargado arrancó las copias, las dobló y las guardó en el fondo de una gaveta. A poco tiempo trajo consigo el objeto que le fue confiscado a Oxan en la carretera. Los ojos de Artiaga se agrandaron al verlo tendido sobre la superficie de la mesa.

Sabía muy poco de geología y de química, pero en el momento en que vi la maqueta algo me decía que se trataba de una aleación extraña. Su ligereza no correspondía con su volumen y sus bordes no confirmaban que fuera la pieza faltante de algo más grande.

—¿Qué crees que sea esto? —preguntó Artiaga, sin dejar de tocarse su cabeza adolorida—. ¿Por qué la llevaba consigo ese bastardo?

—Tal vez puedas investigar de qué se trata. Parece una especie de portafolio. Debe tener más pertenencias ahí dentro.

Enseguida de que nos despedirnos en el estacionamiento, regresé a mi oficina y extraje del fondo de mi cajón una botella de whiskey a medio terminar y un vaso de plástico. Luego de reducirla a tres cuartos, la cabeza me dio vueltas y decidí pasar la noche en el instituto a fin de saber el progreso de Oxan, si es que había alguno.

En el transcurso de un día, Artiaga desapareció.

No se trataba de una persona a extrañar: no estaba casado ni tenía hijos. Fuera de su carrera, apenas tenía contacto social con alguna que otra mujer que se puede conocer un sábado por la noche. Pero cuando sus colegas, su casero, su contador, su barbero y sobre todo la policía se preguntan dónde demonios está, es algo que no puede dejar indiferente a nadie. Por supuesto que fui interrogado a la semana de que fuera reportado como desaparecido, y no omití nada que no fuera el caso de Oxan y su peculiar maqueta.

Finalmente las sospechas atinadas impulsaron a las autoridades a entrar a la fuerza a su departamento, con el fin de hallar un cadáver que explicara su ausencia. Conociéndolo, diría que alguien se cobró venganza: tal vez un paciente paranoico al que le negó ayuda o una resentida amante. Con Artiaga ese tipo de asunto era muy frecuente: estaba muy orgulloso de sus tácticas, pero las atribuciones morales no eran algo que lo satisfacía, ya que por definición odiaba a la gente. Lamenté que se llevara consigo la maqueta de Oxan.

Pero una tarde la desaparición de Artiaga pasó a ser el menor de mis problemas. Escuché el agudo chillido de la llamada interna. Lanzando juramentos entre dientes, paré de revisar unos documentos y atendí el teléfono.

—¿Diga?

—Doctor Santos, siento mucho molestarle. Sucedió algo durante la guardia de la noche. Se trata de su paciente. No se le encuentra por ningún lado...

—Voy ahora mismo.

Un momento después llegué a la que había sido la habitación de Oxan. Se hallaba en perfecto orden, excepto por el hecho de que no había el menor rastro de él.

—¿Me quieren decir que fue lo que sucedió aquí? —gruñí con la voz alzada. Los guardias no entendían tampoco lo que había ocurrido. Explicaron muchas cosas y al mismo tiempo nada acerca de cómo había escapado Oxan.

No tardé mucho para reportar a la policía el incidente. Se trataba de un hombre enfermo, sí, pero no de un hombre peligroso. A lo sumo, pensé, no intentaría otra cosa que recorrer caminos y bosques sin la menor ropa encima, machacando la misma canción de siempre acerca de «Nepcorop», «el Alguacil» y «los Sacerdotes de la Propiedad Única».

En poco tiempo la noticia se difundió hacia las oficinas de otras dependencias, tanto públicas como privadas. Cuando se escapa un cordero del rebaño, seguramente la culpa es del pastor o del perro ovejero. En este caso, nadie daría crédito al hecho de que la oveja estaba un tanto paranoica ante la imagen que representaba un doctor de la altura de Artiaga. Las explicaciones no hicieron mucho a favor de mi caso.

Tuve tiempo suficiente para rumiar dos asuntos sin sentido. Primero, Artiaga desaparece de la faz de la Tierra sin una explicación lógica. Segundo, Oxan hace lo mismo con el único fin de... ¿asesinar a Artiaga?

Permanecí inmóvil durante varios segundos, figurándome alguna conexión que me permitiera hallarlos. Entonces lo supe: lo que haya sucedido o fuera a pasar, se encontraba en el apartamento de Artiaga.

Me planté allí demasiado rápido como para que le sentase bien a mi gastada edad. Abrí la puerta de un manotazo y entré sin despertar a los vecinos. Olvidé todo lo referente a aminorar la búsqueda y dediqué

la poca energía que me quedaba a encontrar algo que me llevara a cualquiera de los dos.

Tal vez la maqueta tenía la respuesta.

Me acerqué a la cocina, los cuartos y el baño. Todo parecía en orden. Recordé que Artiaga me había mostrado alguna vez un revolver. Lo había sacado de la caja de la taza del baño donde nadie lo vería. Estaba orgulloso de él. Un hombre de su estatus debía andar armado; siendo un enemigo público y un hijo de perra, es fácil suponer que era así para evitar el ataque de una persona resentida.

Fui hasta ahí y levanté la tapa. Encontré el revólver, envuelto en una bolsa de plástico. Lo desfundé, lo metí en el bolsillo de mi abrigo y cuando estuve a punto de retirarme, escuché pisadas en el pasillo. Al apagar la luz una sombra se marcó en la parte inferior del marco de la puerta. Entró jadeando, como si no se pudiera contenerse en hallar algo o alguien.

Encendí las luces de la sala. En segundos me percaté de quién era.

—¿Oxan?

—Debe decirme dónde está él —dijo con firmeza. Me mantuve alejado, con la mano sujetando el revólver sin que él lo viera.

—¿Se refiere al doctor Artiaga? —pregunté—. No lo sabemos. Hace más de una semana que no se le ha vuelto ver.

—Usó el enlace por accidente —dijo, con los ojos sin parpadear y sin apartar la mirada de mí—. Ahora se debe encontrar en un punto de mi época. Fue un error. Un error mío. Yo lo traje desde un principio y ahora es mi responsabilidad que no vuelva a ocurrir. Nepcorop me preparó para este viaje, pero nunca tuve en cuenta que fuera programado para matarlo.

Me destensé y tomé asiento. Doblé los pies y me eché hacia atrás hasta que mi cabeza se sumergió en el respaldo. Dije:

—A su salvaje manera, tengo que decir en favor de usted que no lo he visto en mejor forma. Ahora se muestra tan seguro como la primera vez que nos presentamos. Sin embargo, el arrebató que tuvo con mi colega me hizo pensar que usted era una persona trastornada. Después de eso me encontré con un hombre acondicionado a los intereses de la psiquiatría moderna. Usted resultó ser para ellos y para mí un enigma, Oxan, un extraño enigma. Y no pude dejar de pensar que hicimos algo malo.

Oxan me dedicó una mirada larga y penetrante.

—Usted se preocupa tanto por mí que ignora la vida de los demás—comentó—. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué intenta curar a una persona cuando el fin definitivo es curar a un mundo enfermo y viejo?

—Tenemos especialistas para eso. Se llaman políticos. Tal vez no hagan el mejor de los trabajos, pero tenemos que conformarnos con ello. No se puede curar a todo el mundo.

Oxan alzó sus brazos hasta la altura de su cintura y dio una pesada vuelta a su alrededor. Su mirada barrió el lugar, como una máquina de escáner, clavada a cada detalle y a cada forma. Se asemejaba a un faro incandescente y, a la vez, a una cámara de video.

—Estuvo aquí —dijo.

Sin que yo pudiera moverme a la misma velocidad que él, se internó en las demás habitaciones y comenzó a esculcar compartimentos. Al poco tiempo halló algo en la cocina y regresó a la estancia.

Observé con curiosidad lo que llevaba en las manos y pregunté:

—¿Harina? ¿Me quiere decir en qué piensa usarla?

Dio dos pasos hacia atrás y la arrojó en toda la sala. Pronto los contornos de un círculo en el aire cobraron forma.

Vacilé un instante, con los ojos abiertos en total plenitud, justo en la dirección donde flotaba el círculo. Se hallaba suspendido entre nosotros y la pared, como si fuera un adorno colgado del techo. Pensé que se trataba de un truco barato de magia, pero al meter un brazo me di cuenta de que lo había perdido. Di un grito y lo saqué, esta vez de una pieza entera, tal como me gusta.

—Dios... —exclamé—, ¿qué es eso?

—Es nuestro más grave error —dijo Oxan, totalmente erguido—. Es lo que hizo que yo llegara aquí y atacara a ese hombre. Es lo que hizo que el Alguacil arribara a mi tiempo. Preste atención.

Eso hice. Y sin más, entró en el círculo y desapareció.

Me quedé petrificado como lo estaría una persona no consciente de lo que ocurría. Debía tratarse de una horrible alucinación o un simple sueño disparatado. En segundos Oxan regreso de un modo casual, como si saliera de un ascensor y se detuviera en la sección de caballeros.

—¿Ahora qué piensa? —preguntó, sin ni siquiera alisarse los cabellos luego de su desaparición.

—¿Fue así como escapó del instituto?

—Me escondí en el conducto de ventilación y esperé a que los guardias dejaran la puerta abierta al no verme dentro. En este caso, el Alguacil dejó el portal abierto con el dispositivo. Usted se lo entregó, ¿no es así?

Confirmé con la cabeza y dije:

—Esperaba que pudiera decirme qué era la maqueta.

—Y así fue. —Entonces, con una lentitud medida, metió un pie dentro del círculo, no sin antes decir—: Por lo poco que he visto aún no ha ocurrido el desastre ecológico. Hay que hacer lo que sea necesario para que no permanezca ahí.

—¡No! —Pero fue demasiado tarde para detenerlo: Oxan había desaparecido. Pasé la mirada por todo el apartamento de Artiaga, pensando qué hacer a continuación. Luego de meditarlo por breves segundos, me tomé de la cabeza y comencé a gritar, pensando que era una locura hacerlo.

Pero la vida de Artiaga corría peligro, pensé. Eso fue suficiente para decidirme a hacerlo de una buena vez. Entonces me armé de coraje y entré al círculo.

Al llegar del otro lado tropecé y caí al suelo. Fui recibido por el más fino césped. Levanté el rostro y contemplé el paisaje que se extendía a lo lejos: los grupos de casas circulares, el césped cortado a ras, el bosque tupido y lleno de ramas con hojas, el cielo más azul que pudiera existir, elevadores de aire en pleno funcionamiento... y flautas entonando un saludo matinal.

—Dios... ¡Oh Dios! —murmuré, todavía sin creer lo que sucedía a mi alrededor. Poco a poco me serené y me obligué a ponerme de pie. Mis ojos se fijaron en una figura encorvada, sujetando algo entre sus manos. En lo alto de la cuesta, junto al límite del bosque, se puso de pie y miró hacia atrás.

Artiaga comenzó a acercarse a un grupo de jóvenes, unos sentados sobre las rocas mientras que otros no hacían otra cosa más que bailar en compases mientras escuchaban el sonido de la flauta extenderse de un lado a otro. Después se detuvo y comenzó a observarlos sin que fuera visto. Al poco tiempo se retiró a un lugar más seguro.

Bajé con lentitud hacía donde se encontraba. Lo vi moverse, darse la vuelta mientras contemplaba la maqueta con cierto júbilo en su rostro.

—¡Artiaga! —grité. En ese instante dejó de observar la maqueta. Alzó el rostro, me reconoció, y sin dejar de sonreír, volvió a dirigir su mirada a la maqueta.

Cuando llegué hasta ahí se hizo escuchar:

—Ahora sé lo que significa Nepcorop, Santos —dijo Artiaga. Había calor en su mirada y en su voz—. Al principio no lo entendí, pero ahora sé que mi propósito es destruirlo. Este aparato... Por alguna extraña razón ejerzo un dominio sobre él. Puedo hacer lo que me plazca en este lugar, dado que no hay leyes ni hombres capaces de ejecutar las mismas decisiones que yo.

—Oxan escapó. —Saqué el arma sin dejar de vigilar a mi alrededor—. Piensa terminar aquí lo que no hizo en el instituto. Tenemos que regresar...

—¿No me escuchaste? Mira a tu alrededor, Santos, mira a tu alrededor y dime si no es un desperdicio este lugar. ¿En que nos convertiremos, después de todo? ¿Qué hay del progreso? Alguien nos introducirá una estúpida filosofía y nos dirá lo mal que estábamos, pero no es cierto. Harán interrumpir todo lo que el hombre logró y quiso ser. No puedo permitirlo.

—Eso no nos incumbe, Artiaga —dije, intentando tranquilizarlo—. Es algo con lo que tendrán que vivir. Ya llegará el momento en que juzguen sus errores. A nosotros ya nos ha pasado eso.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabes que la codicia y el egoísmo son parte de la naturaleza del hombre. Pero nosotros no pensamos que eso sea parte de nosotros, de tal modo que culpamos a los políticos y a los gobernantes; ése ha sido nuestra válvula de escape para no cargar con la culpa. De modo que la culpa se reduce a señalar y a querer corregir a los demás, cuando muy difícilmente nos corregimos a nosotros mismos.

—Eso crees, ¿eh? ¿Pero cómo puedes hacerle ver su error a una persona enferma? ¿A una sociedad enferma?

—Los crímenes, las injusticias y las guerras son solo demostraciones, medios, expresiones. Tú bien sabes que todo tiene su origen en la mente. Es dentro de ella donde ocurren los crímenes, las injusticias, las

guerras y demás atrocidades; hemos perdido el rumbo. Ni siquiera los animales piensan así.

Su mirada se cuadró con la mía, temblando. Enseguida, sin que lo viera venir, me colocó un golpe en el pecho el cual me tumbó de espaldas. El revólver salió de mi mano. Cuando intenté cogerlo, alguien se me adelantó: Oxan.

Apuntó el arma hacia Artiaga, y sin ninguna duda, accionó el arma en tres ocasiones, hundiéndose cada bala en la desprotegida carne. El aparato del tiempo rodó a un costado, ensangrentado en toda su superficie.

Al momento de tomarlo, Oxan dijo con una cavernosa voz desde su interior:

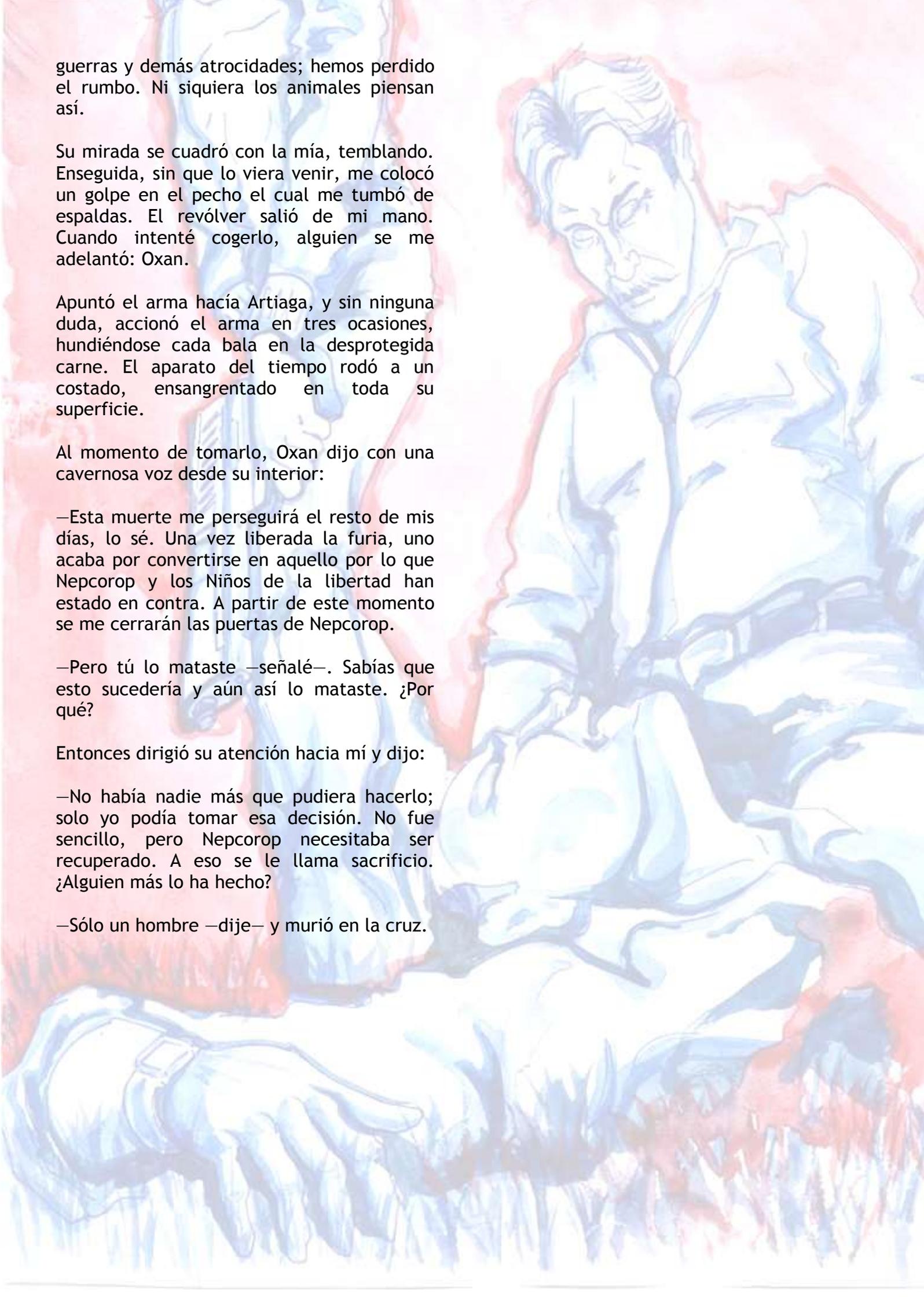
—Esta muerte me perseguirá el resto de mis días, lo sé. Una vez liberada la furia, uno acaba por convertirse en aquello por lo que Nepcorop y los Niños de la libertad han estado en contra. A partir de este momento se me cerrarán las puertas de Nepcorop.

—Pero tú lo mataste —señalé—. Sabías que esto sucedería y aún así lo mataste. ¿Por qué?

Entonces dirigió su atención hacia mí y dijo:

—No había nadie más que pudiera hacerlo; solo yo podía tomar esa decisión. No fue sencillo, pero Nepcorop necesitaba ser recuperado. A eso se le llama sacrificio. ¿Alguien más lo ha hecho?

—Sólo un hombre —dije— y murió en la cruz.



EL VIAJERO

AUTOR: FRANCISCO DOMÍNGUEZ

ILUSTRACIÓN: PEDRO BELUSHI



El profesor Hattar-Kolm carraspeó nervioso antes de comenzar su exposición. Había hablado otras veces delante del Comité de Ciencia de Xenon pero esta vez era especial. Su hallazgo bien podía ser el mayor descubrimiento hecho por un científico en toda la historia.

—Señores del Comité —comenzó con voz firme—, como todos habrán leído en mi informe previo, he descubierto la forma de crear una fisura en el continuo espacio-temporal por la que es posible introducir objetos e incluso personas.

—¿Personas? ¿Esta usted seguro de eso? —quien preguntó era nada más y nada menos que Karan-Pattar, científico supremo de Xenon.

—Todas las pruebas sugieren que esto es así. He realizado ensayos con pequeños microorganismos y parece que la materia orgánica puede entrar y salir de la grieta sin sufrir ninguna alteración. Los resultados son concluyentes.

—Pero... ¡Eso es maravilloso! ¿Por qué no lo había reflejado en su informe? —inquirió Karan-Pattar.

—Las pruebas han sido realizadas en los dos últimos días, señor.

—Bien, ante esta inesperada noticia, creo que urge realizar un experimento con un ser humano. Contactaremos con el ejército y...

—Perdón, señor —le interrumpió Hattar-Kolm— me ofrezco voluntario para traspasar la grieta espacio-temporal.

—Usted es uno de nuestros más valiosos científicos...

—Por eso mismo. Creo que sería capaz de estudiar y comprender mejor lo que encuentre al otro lado que un simple militar. Además, he trabajado mucho en este proyecto, señor.

Los miembros del Comité debatieron durante varios minutos en voz baja sin que el

profesor Hattar-Kolm pudiera escuchar sus palabras. Después, el científico supremo volvió a hablar.

—Petición aceptada. Se limitará, en este primer viaje, a recoger muestras. Si encontrara vida inteligente, de ninguna manera deberá interactuar con ella.

Estos hechos habían sucedido una semana antes. Ahora, todo estaba dispuesto para el fantástico viaje y, debido a ello, el laboratorio de Hattar-Kolm bullía de actividad. Los militares acarreaban material de un lado a otro, mientras que científicos con batas blancas realizaban los últimos ajustes repasando tanto los cálculos como el equipo.

Varios hombres ayudaban a Hattar-Kolm a enfundarse el ropaje especial. Se trataba de un grueso traje aislante, rematado con una pesada escafandra, que se encargaría de que en ningún momento le faltase gas para respirar, ya que según las mediciones efectuadas, al otro lado de la grieta no existía una atmósfera respirable para los Xenons.

Cuando se dio la señal, las máquinas comenzaron a emitir miles de destellos de colores a medida que pequeñas luces se encendían y apagaban. Al mismo tiempo, en la plataforma situada en el centro de la sala, la energía comenzó a chisporrotear a la vez que se formaba una especie de vórtice brillante que cegaba a todos los observadores.

Hattar Kolm miró a su derecha. Allí se encontraba su querida Mia-Tar, observándolo con una expresión que reflejaba todo el amor y el orgullo que sentía por él. Él sonrió dentro de su escafandra. *“Si esto sale como espero, en breve estaremos casados”* pensó. Después respiró profundamente y se mentalizó para iniciar la mayor aventura de su vida.

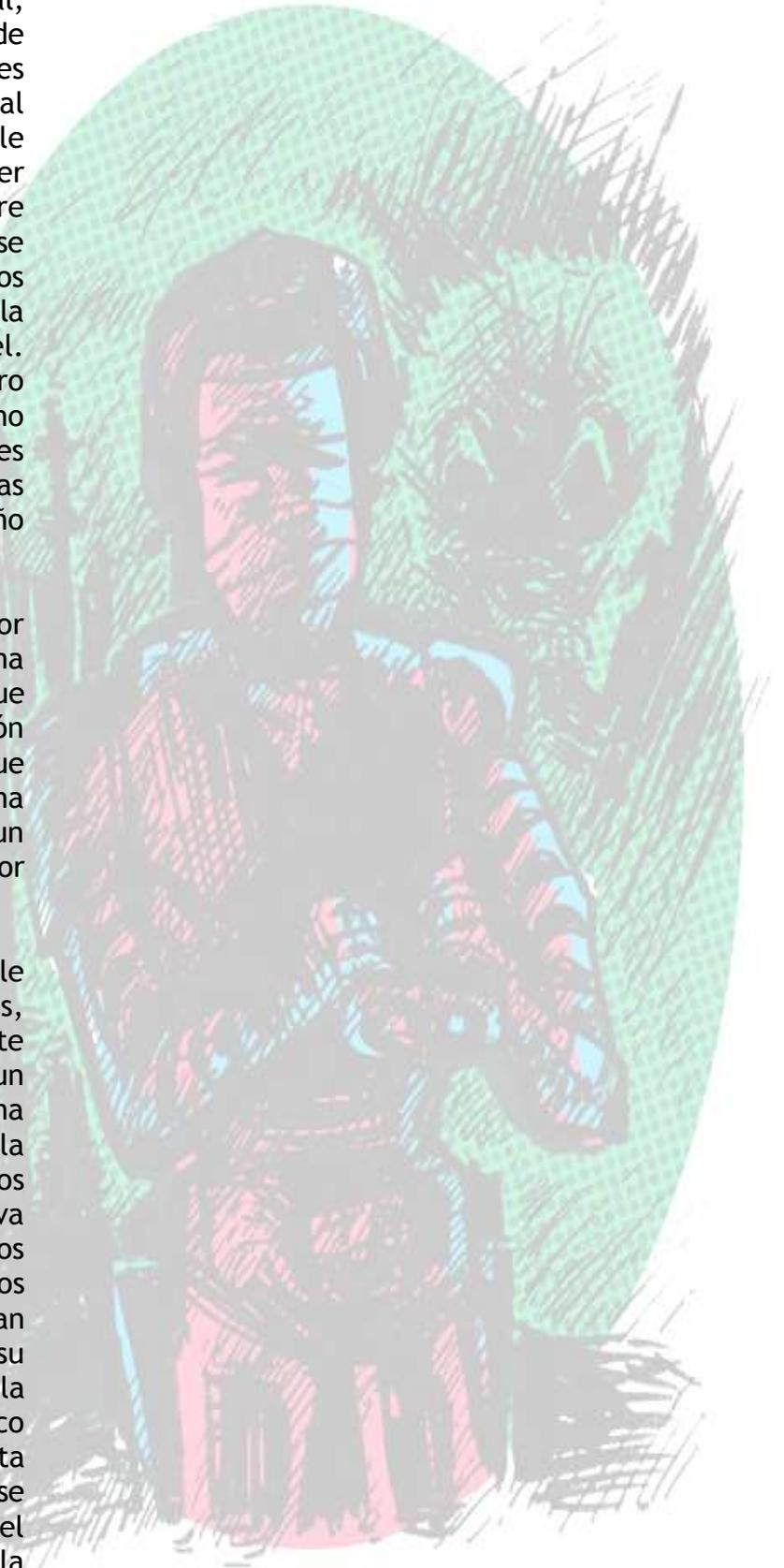
Hattar-Kolm comenzó a caminar hacia la luz con paso firme. *“Estoy haciendo historia”*. Su corazón latía cada vez más deprisa a medida que se acercaba al portal. Las voces

del personal de la sala se fueron apagando poco a poco. Al principio, cuando penetró en la luz, las escuchaba de fondo como un monótono susurro. Pero al poco tiempo se sumió en el más absoluto silencio. La blancura total lo envolvía. Una blancura tal, que lo cegaba a pesar de los visores de seguridad de su escafandra. Entonces tropezó con algo. Extendió sus manos al frente y tocó una sólida barrera que le impedía el paso. La empujó sin obtener ningún resultado. Al pasar sus manos sobre la superficie, observó que la barrera se desplazaba hacia un lado. Sin pensárselo dos veces, deslizó el sólido elemento hacia la derecha y comenzó a ver algo delante de él. Dio un paso adelante y se encontró dentro de una pequeña habitación. Desde luego, no era lo que había esperado. Ni brillantes cúpulas, ni luminosos soles, ni extrañas naves espaciales. Tan solo un pequeño cuarto sumido en la oscuridad.

Sus cavilaciones fueron interrumpidas por sonido rítmico parecido al de una respiración. Entonces fue consciente de que no estaba solo. Al fondo de la habitación había una especie de mueble sobre el que reposaba un ser vivo. Se trataba de una estructura con cuatro patas en la que un alienígena descansaba, cubierto por numerosas capas de tela.

Pese a la prohibición del Comité que le impedía interactuar con nativos alienígenas, Hattar-Kolm se acercó a aquel ser durmiente y comenzó a estudiarlo. Se trataba de un menudo humanoide de piel rosada, con una especie de vellosidad dorada que le cubría la cabeza. No se parecía en absoluto a los Xenons de piel verdosa y cabeza calva reluciente. Cuando el extraño ser abrió los ojos y emitió un penetrante chillido que los oídos de Hattar-Kolm casi no podían soportar, fue tal el sobresalto, que su cabeza golpeó con fuerza el cristal de la escafandra. Sintióse presa de un pánico irracional, Hattar-Kolm huyó hacia la grieta espacio-temporal y, casi de un salto, se precipitó en su interior abandonando aquel extraño lugar. Cuando desaparecía en la inmensidad de la cegadora luz blanca, escuchó como el ser alienígena gritaba una

frase en un extraño idioma ininteligible para él. Aun sin entender aquellos sonidos, los recordaría toda la vida: ంబధఅ ంబధఅ ఏ యమభపతడలఅ*.



* ¡Mama! ¡Mama! ¡Hay un monstruo en mi armario!

Tres días con una depresión inexplicablemente persistente, y en la sala de mensajes, un holograma de su jefe en Venus 6 exhortándolo a arreglar la antena 3 de la estación. Y cinco informes a Terra 2 detallando que él había dejado todo en piloto automático, que no había respondido. Se comunicó inmediatamente con la base. Era la noche en Venus 6, así que sólo pudo dejar un mensaje de que arreglaría el desperfecto inmediatamente. La pantalla de la cámara 3 estaba completamente roja. Y desde la cámara 2 se veía algo rojo pegado en la antena 3. Era muy raro que hubiera basura espacial en la órbita de Urano, pero era eso lo que parecía. Y el pronóstico de reparación informaba que había que sacarlo a mano. Se preguntó si el traje espacial estaría en condiciones para salir. Lo había usado por última vez hacía casi seis meses, cuando hubo que inspeccionar los impactos de unos meteoritos en las células solares de la zona 4, que también habían coincidido con una persistente depresión. La computadora central decía que había que cumplir con varios protocolos antes de usarlo. Pero no había tiempo que perder. Era la segunda vez que perdía datos en tres meses.

Comprobó el oxígeno y la presión, buscó el arnés y salió apurado. Cuando se fue acercando, pudo ver que había sólo dos impactos. Uno en la cámara y el otro en la antena. Decidió ir por la antena primero. A medida que se acercaba, su descreimiento aumentaba. Era un sostén. Un sostén rojo de mujer enredado en la antena. Cuando lo desató vio a la mujer de plasma, que empezó a cantar. La voz llegaba al centro de su ser. Pero lo más difícil era su belleza, era la mujer perfecta, la mujer que siempre había soñado tener. En su canto le decía que se soltara del arnés y la siguiera, que juntos buscarían sus bragas enredadas en la cámara. Intentó soltar el sostén, tirarlo lejos, pero no pudo. Sintió que su mano soltaba el arnés, y se precipitó al espacio, siguiendo a la bella sirena de plasma. La nave espacial que venía a capturarlo apareció como un punto luminoso en el ombligo de la mujer de plasma, y se acercó rápidamente. Nunca había visto este tipo de

diseño, era obviamente una civilización con la que no habían tenido todavía contacto, aunque era claro que los habían estudiado concienzudamente. Recordó un holograma de información que hablaba de una posible captura de una nave colonizadora dirigida a las Pleyades, y como la corporación de homínidos había negociado la liberación de los tripulantes, quienes habían sido vendidos a una especie de zoológico en Orión. La mujer y su canto se fueron disolviendo a medida que la nave se detenía para capturarlo y él se desmayaba.

Despertó caminando en un paisaje terraforme. La vegetación, exótica pero reconocible, le provocaba una extraña calma. Caminaba en cuatro patas y llevaba una gran carga en la espalda. Se acercó a un lago violeta y se vio a sí mismo. Se había convertido en un unicornio blanco. La misma mujer de plasma, mucho más hermosa ahora que la veía en carne y hueso, estaba montada, semi-desnuda, sobre su lomo, sonriéndole a su reflejo en el agua. Llevaba un sostén y unas bragas rojas idénticas a las que se habían pegado a la nave cuando lo capturaron. Su cuerno de unicornio era un gran falo semi-erecto. La mujer, mirándolo a los ojos, se bajó y empezó a acariciar el cuerno fálico con gran ternura. Luego se introdujo el cuerno en la boca, para ponerlo tieso, al mismo tiempo que se acariciaba los pechos. Cerró los ojos. Con el ojo de su mente vio varias imágenes al mismo tiempo. Ella se sacó el sostén, mostrándole sus perfectos senos, luego se sacó las bragas y montó sobre su cabeza. La sangre de su himen desflorado lo encegueció. Luego la penetraba con su pene verdadero, y ella estaba acostada en el pasto, bebiendo besos apasionados de su boca. Un momento después, la penetraba violentamente por atrás. Ella estaba atada a un árbol. Estaban jugando con sus sentidos. Estaban estudiándolo.

Abrió los ojos. Estaba ahora desnudo en una cama con sábanas rojas. Su cuerpo era blanco como el del unicornio, pero humano.

Una luz difusa llenó la habitación, y se encontró frente a frente con esa mujer,

parada al lado de la cama. Llevaba el sostén y las bragas rojas, y lo miraba sensualmente.

-¿Qué va a hacerme?

-Lo que tú quieras, precioso- dijo la mujer con una voz que lo aturdió y lo embrujaba.

-¿Quién eres?

-Eso no importa ahora que tienes esa hermosa erección, mi *dajja*- dijo la mujer mientras lo destapaba, y se arrodillaba acercando su cabeza a su miembro.

-¿Eres humana?

-Mucho más que humana, ya lo verás. He sido hecha a la medida de tu placer.

Su boca atrapó su miembro tiernamente, y sintió un placer intensísimo. Temió correrse, pero la lengua que envolvía su pene lo hacía crecer, y al mismo tiempo detenía la eyaculación. La lengua, como la de un camaleón, lo apretaba de mil formas y hasta se metía en su canal urinario. Las manos de la mujer le arañaban los muslos. Intentó retroceder, pero ella lo empujó en la cama, y se introdujo su miembro entre las piernas. Poco a poco, su vagina fue tragando su falo equino, moviéndose muy despacio. Ahora ella le pedía que le besara los pechos, y él lo hizo. Del pecho izquierdo empezó a brotar un líquido ácido y embriagador. Podría ahogarse en ese licor de los dioses, morir allí, sin ningún remordimiento. Pero ella le puso el otro pecho en la boca. El líquido era agridulce y potente, como cincuenta tequilas venusianas, le abría los sentidos y hacía crecer más su pene. Se sentía explotar. El ojo de su mente, en el centro de su frente, se iluminó. Ella estaba ahora en todo su cuerpo. Él la penetraba, pero ella lo poseía. La miró a los ojos, y vio el universo expandirse. Todo su cuerpo vibraba al ritmo de esa mujer, que se enroscaba en su miembro y lo tragaba cuando él por fin tuvo permiso para disolverse en un orgasmo pleno y transparente. Ella lo abrazó y lo besó en la boca. El sabor de esos labios, de esa lengua tibia, acarició su alma. Y rompió en llanto, por todo lo que no había vivido, por su vida desperdiciada en el solitario puesto en la

estación orbitando Urano, midiendo inútilmente el viento solar, consolándose con una robot sexual que funcionaba mal y ya ni gemía en la simulación de los orgasmos.

-¿Qué va a pasar conmigo?

-Vamos a compartir nuestra carne por un tiempo, en nuestro viaje.

-¿Eres en verdad humana?

-Digamos que soy más que humana, antes, ustedes me llamarían una diosa, o una prostituta sagrada. Soy de una raza humanoide que se interesó en ustedes por mucho tiempo. La última vez que los visitamos, le dejamos los ritos dionisiacos, el Kama Sutra y el culto a Xochiquétzal.

-De todo eso que mencionas sólo conozco el Kama Sutra. Pero nadie lo practica últimamente, sobre todo desde que aparecieron los robots sexuales.

-Ya me imaginaba. ¿Escuchaste hablar de lo apolíneo y lo dionisiaco?

-No, tampoco.

-Ese fue nuestro último intento de salvarlos, les mandamos un profeta, llamado Friedrich Nietzsche. Pero parece que no fue efectivo.

-Al Nietzsche ese nunca lo sentí nombrar. En realidad, nunca fui bueno con las humanidades. Tendría que consultar con la enciclopedia de la nave.

-No importa, no te preocupes, aprenderás todo lo necesario en nuestro viaje.

-¿Vas a venderme a el zoológico galáctico en Orión?

-No querido, yo te quiero para mí. Y voy a compartirte con mis amigas. Vamos a crear una nueva raza para colonizar un planeta parecido al tuyo antes de que nos ganen de mano los estrictos apolíneos.

En el ojo de su mente aparecieron, mirándolo, un gran número de mujeres, tan o más bellas que la que le acariciaba la



LA CASA DE LOS LIBROS

TEXTO: SILVIA PATO

ILUSTRACIÓN: KAROL SCANDIU

Karol Scandiu 2012

I

Craso me contó que hubo un tiempo en el que todos los pueblos y ciudades del mundo contaban con su propia biblioteca; hermosos edificios de enormes ventanales por donde entraban a raudales los cálidos rayos del sol. Más aún; que en todas partes había locales donde comprar y vender libros, que incluso en los puestos de las ferias uno podía hacerse con valiosos ejemplares por un puñado de monedas. Pero todo aquello fue en una era anterior a la glaciación.

La glaciación provocó un antes y un después en la historia del mundo. Cuando las grandes fuentes de energía provenientes del carbón y del petróleo comenzaron a escasear, el mundo entero recurrió a los árboles en particular y hacia la flora en general como fuente de calor rápida y económica. Las energías alternativas, como las llamaban entonces, no estaban tan desarrolladas como para hacer frente a toda la demanda del sistema, acuciado por el drástico cambio climático que se estaba produciendo. De hecho, algunas de ellas apenas generaban lo suficiente como para mantener los sistemas informáticos que eran, después de todo, lo más importante.

El planeta dependía de los ordenadores. El Sistema no podía permitirse el lujo de prescindir de ellos. Las computadoras regían el mundo o, al menos, eso es lo que nos dijeron: métodos de pago, bolsa, sistemas de circulación terrestres, marítimos y aéreos, alarmas de seguridad... Los ordenadores eran siempre la prioridad.

Primero fueron los bosques. El calor que necesitaba el resto del planeta tenía que proceder de las fuentes más económicas. Después, fueron las plantaciones. Uno a uno, el mundo vegetal fue cayendo. Hacía años que nuestra alimentación se basaba en pastillas de concentrado alimenticio, fabricadas en laboratorios, que proporcionaban todos los nutrientes necesarios para sobrevivir. Grandes estructuras metálicas, de más de cuatro

metros de altura, que realizaban artificialmente la fotosíntesis, actuando como purificadores capaces de emitir cientos de miles de metros cúbicos de aire limpio a diario, se extendían por inmensas franjas de terreno por todo el mundo. La industria generaba. Nosotros obedecíamos.

Luego fueron los libros. Craso me contó que aquellos que primero los quemaron fueron los que no tenían nada más que echar al fuego. Algunas leyendas refieren que hubo gente que lloraba desconsoladamente cada vez que arrojaba una página a las llamas para salvar unos segundos de vida. No fueron los únicos. Pronto, la necesidad se extendió. En unas décadas no quedaban ya bosques, ni campos de algodón, ni plantaciones de arroz... y nadie recordaba cómo hacer papel.

Después de aquello, cuando el frío pasó y el mundo se adaptó a la nueva situación planetaria, el gobierno desarrolló la Ley de Protección de Libros; pero apenas quedaban libros que proteger.

Yo escuchaba aquellas historias fascinado. Cada amanecer, todos los muchachos de las fábricas de Gabeon estábamos obligados a pasar cuarenta minutos en la clase de adoctrinamiento antes de iniciar la jornada laboral. La mayoría de nosotros aborrecíamos aquellas lecciones insulsas sobre el estado mundial, el sistema de castas, el ahorro energético y el régimen gubernamental de aquel que velaba por todos, por más que nuestro maestro fuera claro y conciso en sus disertaciones. Después de todo, no hubiera podido ser de otra forma: Craso era una Inteligencia Artificial. Cada fábrica poseía una para aleccionar y controlar a los trabajadores. Sin embargo, en las horas robadas al sueño, al acudir a solas junto a él, Craso me contaba esa historia antigua que me fascinaba. Si nos hubieran descubierto, a él lo habrían desconectado y a mí me habrían condenado al aislamiento durante un bienio. El riesgo merecía la pena. Era inevitable que, después de algún tiempo, empezara a considerarle mi amigo; al menos lo era bastante más de

lo que se mostraban mis compañeros humanos.

Comenzábamos a trabajar en las extracciones de metal con siete años. El tamaño de nuestros dedos era ideal para obtener limpiamente fragmentos de los desechos, sin necesidad de romperlos. Aquellos que llegábamos a cumplir los catorce debíamos pasar un exhaustivo examen, tanto físico como psicológico, por parte de nuestro superior artificial, antes de ser enviados a nuevo destino. La vida en Gabeon era una maquinaria perfecta para la supervivencia de la especie.

Hacía cuatro días ya que Craso me había analizado concienzudamente antes de decírmelo. Hacía cuatro días que mi cabeza no paraba de girar entre la ilusión y el miedo.

—Te mueres —anunció con aquella voz carente de toda emoción humana.

Bajé la cabeza y volví a toser. Lo esperaba. Desde hacía dos lunas, las molestias habían ido acrecentándose y el dolor se presentaba con frecuencia. El cuarenta por ciento de los niños del metal fallecía antes de los dieciséis años y un cincuenta y cinco por ciento restante no alcanzaba la veintena. Respiré hondo. Casi todos nosotros teníamos asimilado nuestro destino cuando nos encomendaban a los almacenes de desecho.

—¿Cuánto me queda?

Craso tardó un momento en responder, apenas unos segundos en los que realizó el cálculo de probabilidades.

—Cinco días. Tal vez seis —contestó antes de añadir—: Ya he enviado el informe. Puedes ir recogiendo tus cosas. Vuelve a media tarde. Encontrarás aquí la respuesta oficial de los Servicios de Gestión.

No me hizo falta mucho tiempo para meter mis pocas posesiones en una diminuta mochila rosa que había pertenecido a mi

hermana mayor. A ella, demasiado frágil para aquella vida, el metal se la había llevado con nueve años.

Todos mis compañeros siguieron realizando sus tareas cuando pasé por su lado por última vez. Los restos del pasado no dejaban de llegar a los Almacenes, así que era imposible estrechar lazos cuando uno trabajaba durante interminables jornadas de catorce horas en las que terminaba tan agotado que solo quería dormir. Una parte de mí comenzó a preguntarse qué sería de mi vida, pero cuando regresé junto a Craso y escuché sus palabras, ya había tomado una decisión.

—L254, se te considera libre de toda obligación hacia la Sociedad Energética de Gabeon. El pase que puedes coger sobre la mesa te permitirá la libre circulación por el mundo exterior. Junto a él se te entregan dos mil setecientos setenta y siete eolas para gastar como desees en lo que te queda de vida. El Sistema te agradece tus servicios. La humanidad te agradece su supervivencia. Puedes ir en paz.

Me acerqué a la mesa y recogí las monedas que introduje en la mochila. Aquello era una pequeña fortuna. El pase, una placa metálica de cuatro centímetros por cada lado, con un círculo azul, me lo colgué al cuello. Mis manos temblaban. Fue entonces cuando miré para la pantalla antes de irme.

—Te quiero, Craso.

La Sociedad Energética funcionaba bajo los más rígidos preceptos. Explotaba hasta la extenuación a sus ciudadanos y, cuando ya no eran considerados válidos, les concedía el derecho a hacer lo que desearan, viviendo sus últimos días con absoluta libertad, si es que quedaba fuerza alguna para ello. La gente siempre decía que uno debía dedicar aquellos días a conseguir el sueño más preciado que se poseyera antes de la Combustión. Por ese motivo, cuando reparaban en alguien con el identificador al

cuello, siempre le preguntaban cuál era su último deseo.

Llegué a casa de mi madre sin saber cómo iba a recibirme. Sabía que estaba viva porque nadie me había notificado lo contrario. Ella había tenido suerte al ser designada de joven como lavandera al edificio de las Mil Memorias, lugar donde vivían los informáticos de nuestro sector. Confieso que al principio, no sentí nada cuando vi a aquella mujer de anciana apariencia mirarme con unos ojos carentes de vida, pero al escucharla decir mi verdadero nombre rompí a llorar.

Desconozco el tiempo que pasé llorando en el regazo de mi madre antes de que ella, después de haberse tranquilizado a su vez, me preguntara:

—Leabhar, ¿cuál es tu último deseo?

No dudé al contestar. Hacía tiempo que tenía la respuesta para aquella pregunta:

—Quiero ver un libro.

Si le hubiera dicho que pretendía mudarme a Plutón su expresión no hubiera sido de mayor asombro.

—No hay libros en ningún sitio, Leabhar. Por favor, no empees tus últimos días en un sueño imposible que solo te causará frustración y dolor.

—Sí que existen, madre. Según Craso, una leyenda cuenta que unos pocos ejemplares fueron almacenados y protegidos al sur del continente por un hombre llamado Lamar.

—¿Una leyenda? ¿Quieres malgastar tus últimos días de vida en pos de una leyenda?

—La determinación de mi rostro no dejaba lugar a dudas—. ¿Y después qué? Dime, Leabhar, ¿qué lograrías con eso? ¡Ver un libro! ¡En nombre de Gaebon, ver un libro!

—¿Qué propones que haga, madre?

—Podrías quedarte aquí, conmigo. Te cuidaría y te mimaría como no pude hacer cuando te llevaron de mi lado hace doce años para ir al Almacén. Pasarías unos días tranquilos y en paz antes de..., ya sabes.

—Eso es muy egoísta por tu parte, madre. ¿Quieres que desperdicie el poco tiempo que me queda con una enfermedad incurable esperando la muerte?

—Esperaba que quisieras pasarlo aquí, al lado de los tuyos.

—Madre, nunca he estado al lado de los míos.

Ella bajó la cabeza ante la crudeza de mis palabras y a mí se me encogió el corazón. Sabía que tenía razón. Cuando me miró, había recompuesto ya la expresión de mi rostro. Su voz decidió mi destino:

—Conozco a alguien que tal vez pueda ayudarte. Su nombre es Radmond.

Radmond trabajaba como informático en el edificio de las Mil Memorias y probablemente fuera la persona más vieja que yo había visto en mi vida. Su estudio era una austera habitación en la que me recibió con la tranquilidad de aquellos que se saben poseedores de todo el tiempo del mundo. Escuchó mi deseo con respeto, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación, y admitió conocer el lugar a donde tenía que dirigirme, aunque no estaba dispuesto a confiármelo tan fácilmente. Aquella información tenía un precio. No me sorprendió. Así era la vida en Gabeon. Extraje las monedas del bolsillo dispuesto a pagarle, pero me instó a guardarlas con un tenue ademán. No estaba hablando de dinero.

—Si te indico el camino, Leabhar, tú podrás cumplir tu último deseo, pero supedito todo ello a una simple condición: quiero que la lleves contigo.

En ese momento dirigió su mirada a la esquina del cuarto. Sentada en un rincón, vestida con un manto blanco que la mimetizaba contra la pared, había una niña. No debía sobrepasar los seis años. Mantenía la vista clavada en el suelo, intentando esconderse detrás de su albino pelo lacio. Mi mirada reparó entonces en el colgante que pendía de su cuello. Era un círculo rojo. No había lugar a dudas. Era una niña del Laboratorio.

Cuando los nacidos en Gabeon manifestaban algún tipo de deficiencia física o psíquica eran trasladados al Laboratorio. Allí servían de objeto de estudio para la ciencia y, bajo la promesa de futuras curas, eran sometidos a todo tipo de análisis y exploraciones. Eran pocos los casos en los que alguna de aquellas criaturas se reincorporaba al mundo. De hecho, no había nadie que no se sintiera horrorizado ante la idea de terminar con sus huesos en el Laboratorio. Todos sabíamos que, en los casos considerados perdidos, se realizaban con frecuencia clonaciones para seguir buscando lo que los científicos llamaban «soluciones». Los nuevos seres recibían el nombre de UAH (Unidades Anteriormente Humanas) para no herir la susceptibilidad de la población. Muchos preferían pensar que eran un mito; otros preferían creer que eran seres inanimados.

Miré al anciano con preocupación. Ni siquiera sabía si aquella cría era real.

—Aileen es mi bisnieta —me dijo, consciente de la preocupación que reflejaba mi rostro—. Cuando le hicieron los exámenes para otorgarle su primer destino, descubrieron que se estaba muriendo. Sin señales. Sin causas. Sin infección. Sin motivo. Así que la destinaron al Laboratorio. Pretenden averiguar el origen del envejecimiento de sus órganos vitales. Supongo que fue lo único para lo que la consideraron útil.

—Pero su placa tiene un círculo como la mía. Está desahuciada. ¿Cómo es posible que no la tengan retenida? ¿Cómo puede tener mi

condición y a la vez seguir obligada a acudir a ese lugar?

—Porque es mi bisnieta. No hay motivo alguno para que huya. ¿Quién se haría cargo de una niña de seis años que se muere? ¿Dónde acudir con una niña de seis años que se muere? ¿Cómo voy a llevarme a una niña que se muere cuando mis huesos apenas me soportan y mi labor condiciona el bienestar de la población? Dime, muchacho, ¿la llevarás tú contigo?

Me volví de nuevo hacia ella y la miré con compasión. Si también tenía una enfermedad incurable, por pequeña que fuera, también tenía derecho a realizar su sueño; así que me acuclillé ante ella y empujando suavemente su barbilla para obligarla a mirarme, le pregunté:

— ¿Cuál es tu último deseo?

Aileen abrió sus inmensos ojos ambarinos y los clavó en los míos antes de responder:

—Quiero abrazar un árbol.

El lugar que buscaba se llamaba Vishet, una pequeña isla olvidada al sur del continente frente a las costas del pequeño pueblo de Grense. El modo más rápido de alcanzar aquel destino era por medio del tren; de modo que allí estaba, caminando entre la inmensidad de la estación buscando las taquillas donde comprar dos pasajes. Las pocas personas con las que nos cruzábamos se deslizaban como sonámbulas por la ruidosa superficie de carriles y cemento. Nadie pareció reparar en nosotros. De cuando en vez, alguien se detenía y miraba fijamente los colgantes de nuestro cuello para seguir su camino agitando la cabeza de lado a lado, sumidos en sus propias preocupaciones.

La estación centralizaba todos los trenes del continente. De ella surgían las moles de metal en todas las direcciones, dedicadas, casi exclusivamente, al transporte de mercancías. Muchos carreaban todos

aquellos desechos que depositaban en los Almacenes para que los distintos grupos de trabajadores separaran los materiales, rescataran el metal, los cables o cualquier cosa que pudiera ser de utilidad en el Sistema.

Ya no quedaban trenes dedicados exclusivamente al transporte de pasajeros. ¿Para qué? En raras ocasiones la gente que nacía con un futuro totalmente planificado viajaba, mientras que la que podía permitirse viajar no lo hacía en este medio de transporte. Así las cosas, eran las mercancías las que se desplazaban. Productos y residuos llenaban aquellos vagones en los cuales se reservaba un pequeño espacio para un eventual transporte de viajeros que necesitaran desplazarse a un nuevo destino laboral.

Me detuve frente a una máquina expendedora de billetes y recordé las lecciones de Craso. Hacía siglos, las personas realizaban tareas como esta antes de ser sustituidas por aparatos. Introduje unas monedas indicando en la pantalla táctil el destino, y dos diminutos billetes de plástico xerografiado transparente fueron expulsados por su parte inferior.

Tomé a Aileen de la mano y empezamos a buscar entre las vías el tren correspondiente. Ella fue la primera que lo vio. Una mole oxidada de veinticuatro vagones indicaba en labradas letras metálicas: GRENSE. Subimos al último de todos ellos, donde se reservaban media docena de incómodos camastros para los viajeros. Éramos los únicos.

Tras quince minutos de inquietante silencio, las puertas se cerraron y el ruido de la maquinaria nos azuzó. Al tiempo que el suelo bajo nuestros pies se movía, un hombre cruzó la puerta que separaba el resto de los vagones del de cola caminando hacia el lugar donde nos encontrábamos.

Era el revisor. Aquel oficio todavía sobrevivía. Cada tren contaba con uno de

ellos asegurándose de que la carga estuviera bien sujeta, buscando polizones, alertando sobre posibles obstrucciones en el camino o dando la voz de alarma a la Central ante el menor inconveniente. Se detuvo frente a nosotros y retorció la punta de su bigote, mirándonos con extrañeza, antes de pedirnos los billetes. Se los tendí con premura. No tenía ganas de tener problemas en aquel viaje. No podía arriesgarme a perder ningún minuto de mi tiempo.

—¿A qué vais a Grense? —preguntó mientras estudiaba los plásticos con detenimiento.

Dudé qué responder. Resultaba absurdo contarle a aquel desconocido que íbamos en busca de un libro y un árbol. Dicho así, me parecía ridículo incluso a mí. Fue Aileen la que sabiamente se apresuró a contestar:

—Queremos ver el mar.

—¿En serio? ¿Ese vertedero? Dicen que hace décadas era completamente azul, que uno podía verse los pies a través del agua al caminar por su orilla. Yo no me lo creo. Es imposible. —El revisor reparó entonces en nuestros colgantes y me entregó los billetes al tiempo que añadía—: Aunque bueno, supongo que cada uno desperdicia sus últimos días como le venga en gana. Buen viaje.

Dos días tardamos en llegar a la costa; dos días en los que Aileen guardó un completo silencio mientras yo le contaba una y otra vez las historias y leyendas que había aprendido de Craso. Ella se limitaba a mirarme con esos enormes ojos ambarinos y, de cuando en vez, decía: «Quiero abrazar un árbol». Yo asentía, consciente de que tenía más cosas en común con ella de las que había tenido con ningún ser humano en mi vida.

Llegamos a Grense cuando amanecía. Nos apeamos en un destartalado andén cuyo edificio estaba abandonado desde hacía décadas. Solo seguía en pie una máquina expendedora de billetes y las enormes grúas

que movían los contenedores. Descendimos la cuesta que nos condujo hasta el centro mismo del pueblo, un pequeño grupo de casas que se extendía pendiente abajo hacia el puerto. Un gato sarnoso cruzó ante nosotros la calle. Aileen, sobresaltada, me dio entonces la mano. Buscamos en el muelle algún signo de vida. El agua chocaba contra las boyas allá donde un par de barcos pesqueros estaban atracados. El mar era de un color ceniciento, el agua apenas se distinguía, tal y como se encontraba cubierto de todo tipo de restos flotando sobre él: una infinidad de objetos plásticos que inundaron mi ánimo de una profunda tristeza. Una voz a nuestras espaldas nos sobresaltó:

—A veces era azul, ¿sabéis? Otras, de un brillante verde esmeralda. La espuma blanca parecía una explosión de pureza que encrespaba las olas. Pero el color se fue perdiendo con los años. Ahora es solo lo que veis.

Me volví para descubrir a nuestro interlocutor. Era un viejo pescador de aspecto curtido por el sol. Un grueso jersey de desgastada lana, un ajado pantalón de pana y una gorra ribeteada por un nudo marinero formaban todo su atuendo. Con las manos en los bolsillos, parecía mirarnos esperando una respuesta, pero a mí solo se me ocurrió preguntar:

—¿Ya no se pesca?

—¿Peces? ¿Ahí? No, muchacho, no. Apenas quedan peces ahí abajo y los que hay se han adaptado de tal forma a este medio que son tóxicos para servir de alimento. Pescamos otras cosas, principalmente desperdicios. Extendemos las redes entre toda esta porquería para recuperar materiales que sirvan a la Fábrica. Los enviamos a los Almacenes y podemos seguir subsistiendo con eso. Pensad en cualquier objeto plástico que de seguro lo encontraréis aquí. —Guardó silencio unos segundos mientras sus ojos se perdían en el espigón. Entonces volvió a hablar—. Y a vosotros, ¿qué os trae por aquí?

—Queremos ir a la isla de Vishet —anuncié sin rodeos.

—¿En serio?

Aileen, que hasta entonces se había mantenido entre atemorizada y curiosa detrás de mí, sujetó el colgante con su mano derecha y lo elevó para que el pescador pudiera verlo con claridad.

—Es nuestro último deseo.

—El precio no importa —me apresuré a añadir—. Pagaremos lo que haga falta.

—¡Vaya! Estos viejos ojos míos creían haberlo visto todo, pero se equivocaban. La isla de Vishet. Me pregunto cómo conocéis su existencia. La mayoría cree que Vishet es una leyenda.

—Me lo ha dicho mi abuelo —respondió Aileen no sin cierto orgullo dando un paso al frente.

—Entonces, debe de ser algo muy importante lo que os conduce hasta allí —contestó el hombre dedicándole una tierna sonrisa—. Obviamente, necesitáis una embarcación. Y también alguien que sepa navegar, porque no creo que ninguno de vosotros haya sido un grumete en su corta vida, ¿verdad?

—¿Nos llevará?

—Esa isla no existe. Ha sido guardada como un secreto entre generaciones y generaciones de Grense. Muy pocos marineros pueden llegar a ella, a resguardo de las fuertes corrientes y de su abrupta costa, pero supongo que podría intentarlo.

La sonrisa de Aileen le iluminó la cara. El viejo pescador miró a su alrededor por encima del hombro. Afortunadamente, a aquellas horas no había nadie en el puerto.

—Seguidme.

Tardamos ocho horas de navegación en llegar a Vishet. Gran parte del tiempo estuve dentro de la cabina, mareado y con un punzante dolor en la sien que me hizo temer por no poder cumplir mi destino. Estaba cerca, tan cerca, que no podía pensar en perder el sentido. Aileen me dijo después que dormí varias horas mientras ella revoloteaba por la cubierta, fascinada por la inmensidad a su alrededor.

Un bajío rocoso circundado por una pared de piedra, que apenas mostraba el rastro de lo que debía de ser un sendero, se extendía ante nosotros. Miré por encima de mi hombro para despedirme del hombre que se alejaba en aquel barco que nos había conducido a destino. Distinguí su mano agitarse en cubierta cuando un monstruo marino de metálica piel grisácea que refulgía bajo la luz del sol, sacudía con una embestida la embarcación. El pescador salió disparado por el aire, mientras Aileen se abrazaba a mi cintura y escondía su rostro a mi lado. Siempre guardaré en mi recuerdo las fauces de aquella serpiente marina engullendo al viejo pescador. Esperé unos segundos en respetuoso silencio antes de seguir la marcha. Después de todo, apenas me quedaba tiempo.

—Vamos, Aileen, debemos buscar refugio antes de que caiga la noche.

Comenzamos a ascender el sendero. No sé qué pensaba ella, pero sé que yo empezaba a sentir flaquear mis fuerzas. Cada vez me resultaba más complicado el desgaste físico. Cada vez recordaba con más frecuencia que me moría.

Cuando alcanzamos la cúspide de aquella pared rocosa, los dos compartimos la misma expresión de asombro. Craso me había hablado de aquellas formaciones geológicas. Cráteres, las llamaba. Hacía mucho tiempo que este debía estar dormido, porque la baja vegetación cubría todo el descenso hacia el centro, donde se distinguían, a varios kilómetros, un par de edificios de

paredes de piedra. Si este volcán estuvo algún día activo, tuvo que ser en otra era.

Tomé a la nieta de Radmond de la mano, intentando infundirle ánimos, y empezamos a descender.

Ese es mi último recuerdo.

II

Aileen esperaba al otro lado de la puerta. Todavía no creía posible que hubiera acudido a su llamada cuando el joven que la acompañaba se había desmayado a su lado y había avanzado rodando, inconsciente, hacia el centro de Vishet. Sus gritos nos alertaron a los neoanjaroar y a mí, por lo que acudimos a recogerles cuando caía la noche. Al verme, la niña se había abrazado a mi cintura, asustada.

La oscuridad lo rodeaba todo cuando llegamos a la Casa y hasta el instante en el que se vio en las habitaciones, cálidas e iluminadas por las antorchas, no pareció respirar tranquila. El muchacho a quien ella identificó como Leabhar fue transportado por los neoanjaroar al sótano. Allí le curaron las heridas y le ofrecieron su sabiduría y reposo, mientras yo, en la superficie, me encargaba de Aileen. Confieso que no sé qué fue más difícil. Apenas me dirigía la palabra. Se sentó en el suelo del cuarto que le había asignado y solo me aceptó una manta. En seguida se quedó dormida. Había vivido toda una aventura.

Cuando Leabhar regresó al día siguiente, todavía dormía. Los neoanjaroar lo depositaron en el lecho de la habitación azul y volvieron a desaparecer en su mundo. Al parecer, el muchacho estaba recuperado del agotamiento, pero algo en él le consumía sin remedio hacia el fin. Al despertar, me encontró en la cabecera de su cama. Fue entonces cuando me contó la historia acaecida que los había conducido hasta mí. Fue entonces cuando supe del deseo que lo había traído a Vishet.

Sé que no fui benévola. Me negué a darle cualquier tipo de información hasta que no me hubiera realizado un pormenorizado relato de los acontecimientos. Lo sé; pero desconocía a qué me tenía que enfrentar. Los neoanjaroar eran un pueblo al que tenía la obligación de proteger. Por ese motivo, no le dije mi nombre hasta que terminó su historia y no tuve dudas de su honestidad.

—Yo soy Lamar.

No supo ocultar el desconcierto. Se frotó los ojos con las manos y volvió a mirarme descaradamente.

—No puede ser. Eres... eres una mujer.

—Sí, soy una mujer. ¿Por qué habría de ser un hombre?

—Yo siempre creí que el único que cuidaba con su vida los últimos libros, el único que protegía la sabiduría de un tiempo que muchos creen que no existe, era un hombre.

Suspiré, cansada de recordar aquel mundo del que Leabhar venía.

—La mayoría de las personas que se encargaban de las bibliotecas en aquel tiempo que nombras, eran mujeres. La mayoría de las personas que se dedicaban a la enseñanza en aquel tiempo que nombras, eran mujeres. ¿No sería más lógico pensar que sería una mujer la que protegiera la Casa de los Libros?

Sé que le avergonzaron mis palabras. No lo pretendía. La puerta de la habitación se abrió de pronto. La pequeña no había sido capaz de resistir por más tiempo la incertidumbre. Corrió hacia Leabhar y, sentándose a su lado, le agarró la mano. El muchacho le sonrió e intentó tranquilizarla:

—Estoy bien, Aileen. En serio, estoy bien. Hemos llegado.

Ella le devolvió la sonrisa, pero todavía mostraba desconfianza; así que pregunté:

—Sé que qué esperas ver, Leabhar, pero dime, ¿qué desea Aileen?

—No soy yo quien debe revelarte su deseo. Eso solo le corresponde a ella.

La miré y clavó los ojos en el suelo. No sé por qué se sentía intimidada. Decidí esperar a que ella misma sintiera la necesidad de compartirlo.

—¿Quiénes eran?, los que me curaron. ¿Quiénes eran? —preguntó él de pronto.

—Son los neoanjaroar, pero no soy yo quien para revelarte su existencia. Eso solo le corresponde a ellos —contesté antes de añadir—: Si lo deseas, ahora puedo mostrarte la Casa de los Libros.

Recorrimos el pasillo de la Casa hacia la habitación del fondo en un perfecto silencio. El nerviosismo de Leabhar podía palpase en el ambiente. La niña caminaba a su lado, asida de su mano, con sus grandes ojos ambarinos observando todo con una insaciable curiosidad de saber.

Me detuve ante la puerta y así el nacarado pomo con respeto. Aquel lugar resultaba sagrado para todos nosotros. Los neoanjaroar me llamaban La Que Interpreta los Signos por mi capacidad de leer. Me pregunté si mis jóvenes invitados compartían aquella facultad.

Escuché a Leabhar respirar profundamente a mi espalda. Me conmovió. El último deseo de su vida había sido la búsqueda de aquello que era el motivo de mi existencia. Sonreí. Sabía que no le defraudaría.

La estancia nos acogió con los cálidos rayos de sol que atravesaban la cúpula de cristal que la cubría. Las estanterías estaban colocadas contra las paredes y, sobre un par de columnas de granito, reposaban los ejemplares más antiguos dentro de vitrinas selladas al vacío. Aileen pasó por mi lado como una exhalación y empezó a recorrer toda la sala, mirando de cuando en vez para

el techo, extasiada ante la sombra de los pájaros que sobrevolaban en ocasiones nuestras cabezas. Me detuve en el centro de la habitación con la misma sensación de paz que siempre me embargaba en aquel rincón del paraíso. Fue entonces cuando me percaté de que el muchacho no me había seguido. Volví la cabeza por encima de mi hombro y lo vi en el umbral, paralizado. Temí por su salud. Temí por haberle defraudado. Me acerqué a él inquieta. Cuando me paré a su lado, su voz anunció en un entrecortado susurro:

—Son libros.

Sonreí de nuevo. Aquel muchacho había nacido con el amor por las letras. Le tendí la mano y la agarró temblando, como si fuera a ayudarlo a atravesar un caudaloso río. Recordé la primera vez que había entrado yo misma en aquel santuario y compartí la emoción que sentía.

Aileen se había tendido en una de las cuatro butacas que se disponían de forma circular en el centro de la biblioteca. Tenía la cabeza girada hacia arriba, más interesada por el mundo exterior que por los universos que nos rodeaban.

Después de acompañarle hasta el centro de la estancia, Leabhar se acercó a los libros en un devoto silencio. Sentí la necesidad de explicarle la situación:

—Únicamente contamos con doscientos cincuenta y tres volúmenes. En ellos se encuentran representados solo nueve idiomas. Confieso que algunos de ellos no he logrado todavía comprenderlos.

—Los traductores. Los traductores mecánicos y digitales fueron eliminando las formas de lenguaje y la necesidad de su conocimiento hasta reducirlas a una sola. La gente dejó de aprender unos idiomas que las máquinas ya se encargaban de interpretar. El tiempo debía ser ocupado por las necesidades productivas. El humanismo era perseguido. Los humanistas eran inútiles para el Sistema.

Los dispositivos electrónicos dominaron así nuestra forma de comunicación.

Repitió aquellas palabras como quien expone una lección aprendida. Comprendí que aquella inteligencia artificial a la que había hecho mención al contarme su historia debía de haberle enseñado todo aquello.

—¿Sabes leer? —le pregunté esperando no romper la magia de aquel momento. Asintió con orgullo.

—Craso escribía en su pantalla todo cuanto me contaba. Lo hizo desde el principio. Y así aprendí a leer. Teóricamente, no tenía por qué hacerlo. De hecho, en las clases en los Almacenes estaba prohibida la enseñanza de la lectura. Esa actividad es considerada de riesgo por el Sistema. Craso me regaló esa habilidad cuando quedaba conmigo a solas y me narraba la historia del mundo.

Leabhar deslizó entonces sus dedos con extrema delicadeza por los lomos de los libros alineados en la estantería frente a la que se había detenido. Las letras doradas, las negritas, las sinuosas cursivas se reflejaban en sus ojos. Confieso que me sorprendió su reflexión de entonces:

—Entre todos los que han sobrevivido, todos los ejemplares rescatados, parece haber muchos libros maravillosos y repletos de fantasía.

Suspiré antes de contestar y tomé asiento en la butaca contigua en la que se acomodaba Aileen, ensimismada todavía por las nubes y las aves en el cielo.

—Muchos creían que los considerados sabios protegerían con su vida las grandes obras literarias de la humanidad: los manuales, los diccionarios... Creían que los respetados religiosos salvarían, por encima de todo, sus libros sagrados. Pero se equivocaban. La mayoría, tanto de unos como de otros, seguramente acuciados por la necesidad y envanecidos por la soberbia de pensar «ya los reescribiremos», los dejaron arder.

Apenas hemos podido rescatar algunos de aquellos ejemplares: un atlas, un par de guías ilustradas de mamíferos, aves o anfibios, alguna Biblia, un tratado de filosofía y poco más. Fueron los niños los que se afanaron en salvaguardar sus sueños, los que se abrazaban por las noches a un mundo imaginario más hermoso y más real que la cruel sociedad que estaba emergiendo, los que esperaban proteger su pedazo de cielo. Fueron los niños los que ocultaron los cuentos bajo sus ropas. Fueron los niños los que cavaron agujeros en la tierra para esconderlos dentro de bolsas plásticas. Fueron los niños los que los abandonaron en inhóspitos parajes antes que verlos arder. Gracias a todos esos niños, Alicia todavía cruza el espejo, Dorothy camina por el sendero de losas amarillas, Harry sigue acudiendo a la Estación de King Cross, Excalibur sigue saliendo de la roca, Robin Hood pasea por los bosques y la Comunidad busca el Anillo. Gracias a esos niños puedes embarcarte con el Capitán Nemo, navegar en máquinas del tiempo, gritar el lema de los mosqueteros, temer a las brujas, conocer a Puck, viajar al País de Nunca Jamás, al reino de Fantasía, a Terramar, a Narnia y a muchos otros lugares maravillosos. —Me levanté y caminé hacia él antes de continuar hablando—: Este es el paraíso en el que vivo. Este es el tesoro que salvaguardo hasta que cambie el mundo en el que vivís.

Leabhar me miró, implorando con los ojos el permiso para poder coger uno de aquellos volúmenes. Asentí con la cabeza y guardé silencio. No llegué a ver qué libro había escogido. Lo tomó temblando entre sus manos y, sin dejar de mirar su encarnada encuadernación, tomó asiento en una de las butacas. Aquel instante era sagrado. Su rostro se iluminó al abrirlo. Más que pasar las páginas, las acariciaba. Una lágrima rodó entonces silenciosa por su mejilla. Contuve la emoción como pude. Fue en ese preciso momento cuando Aileen se acercó a mí y tomándome la mano, me dijo:

—Quiero abrazar un árbol.

Avanzando por el sendero pedregoso, entre la verde y baja vegetación, alcanzamos la parte de atrás de la Casa de los Libros. Tenía la opción de llevar a la chiquilla hacia la parte de la isla donde se extendía la modesta arboleda, pero ella quería abrazar un árbol, y yo le iba a dar el mejor árbol que abrazar.

Estaba nerviosa. Podía notar los latidos de su corazón a través del pulso de su muñeca. Por eso, al doblar la esquina y distinguir el Gran Roble, me detuve. Aileen ahogó una exclamación y se soltó corriendo de mi mano. Quedé atrás, respetando aquel encuentro. Cuando niña y árbol se fundieron en un abrazo, se formó un nudo en mi garganta.

¿Qué habíamos hecho? ¿Cómo habíamos llegado a esto?

Los neoanjaroar tenían una leyenda que narraban siempre a los más pequeños. Ellos vivían en armonía con la tierra. Iban y venían desde sus grutas sin tomar jamás nada más que lo necesario para subsistir, todo lo de la naturaleza volvía a la naturaleza; pero los hombres del norte se habían extendido por la superficie del planeta y habían ido consumiendo todo vorazmente, esperando siempre más y más. Los neoanjaroar decían que era una especie invasora. Tal vez tuvieran razón.

Después de mucho tiempo, me acerqué a Aileen, que continuaba abrazada con ansia al árbol. Parecía que las hojas agitadas por el viento le susurraban una canción de cuna sobre su cabeza. Puse la mano encima de su hombro:

—Está oscureciendo. Debemos entrar en casa. Mañana puedes regresar junto a él —le dije. Ella asintió. Una enorme sonrisa iluminaba su cara. Caminamos de regreso imbuidas de paz y de una infinita dulzura. De pronto, la niña declaró:

—Está vivo. Como yo. Aunque no sepa quién es, es. Aunque no sepa de dónde ha venido, ha venido. Ambos somos hijos de la tierra.

Una idea pasó entonces por mi cabeza. Una idea que no había barajado hasta entonces. Y entendí su deseo.

—Aileen, tú no te estás muriendo, ¿verdad?

Agitó la cabeza y clavó la vista en el suelo, como quien ha sido cogido en una falta.

—¿Puedo quedarme aquí? —preguntó temerosa.

—Claro que puedes quedarte, Aileen. La Casa de los Libros es ahora tu casa y como tal la has de proteger. Yo te enseñaré a hacerlo.

Continuamos andando en silencio, cada una sumida en sus propias meditaciones, hasta que de pronto, me pidió:

—Lamar, no le digas mi secreto, ¿de acuerdo? Por favor, era el único modo que tenía para huir.

Asentí. Deseé no tener que mentirle al joven que había traído a la isla a la que probablemente sería mi sucesora.

Desgraciadamente, no tuve que hacerlo.

Cuando entramos en la biblioteca, Leabhar yacía con los ojos cerrados, pero una sonrisa iluminaba su rostro.

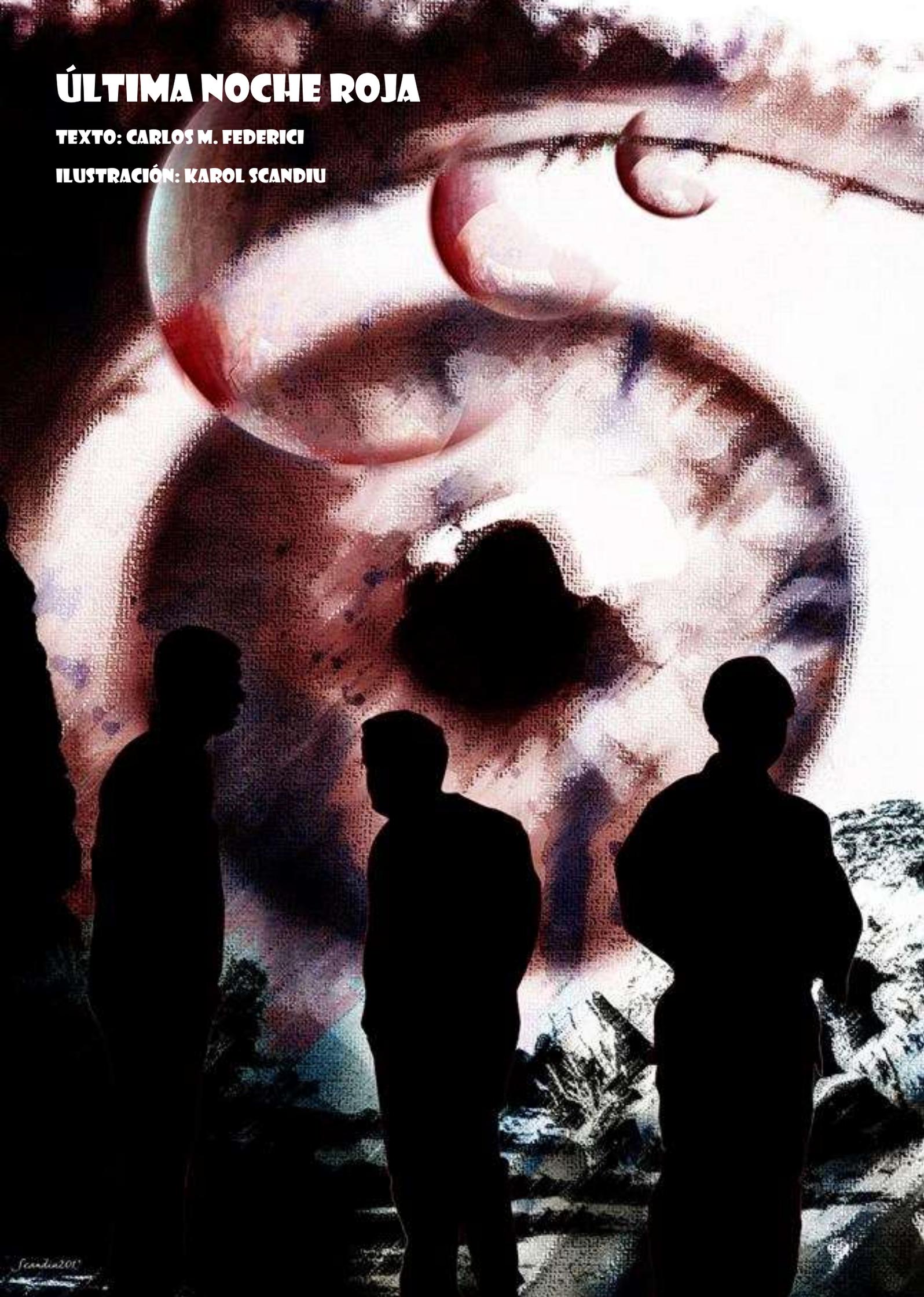
El libro había caído al suelo.

Karol Scandía 2012

ÚLTIMA NOCHE ROJA

TEXTO: CARLOS M. FEDERICI

ILUSTRACIÓN: KAROL SCANDIU



CAPITULO 1

Poco después de oírse el ulular tristán del abulí —repique redundante de una inalterada soledad—, Drak Ul abandonó el abrigo de su caverna y se impulsó hacia lo alto mediante vigorosos movimientos de alas.

Noche a noche sucedía igual, y aunque Drak Ul no medía el tiempo según criterios cronológicos, el peso de la reiteración acumulada comenzaba a agobiarlo, cual miriada de diminutos parásitos que se adhiriesen a su cuerpo velludo, ágil y dotado de cierta oscura belleza.

En un ritual que acaso proviniera de la más honda Raíz Universal, Drak Ul describía graciosas parábolas e intrincados arabescos, confundiéndose con el fondo negro del firmamento. Algunas veces interceptaba la roja luz que emanaba de las tres lunas, y entonces se podían distinguir sus discos, como espectros difusos y tenues, a través de la sutil membrana de las alas desplegadas.

Planeaba con ancestral destreza, sin que el más leve rumor turbara la calma del aire nocturno; durante prolongado lapso se obstinaba en aquel vuelo, que obedecía a una compulsión tan antigua y medular que ni siquiera concebía contradicción.

—Quizás sea esta noche —musitó, en su lenguaje de ultrasonidos.

Mucho más arriba, las luminarias sempiternas parpadeaban como de costumbre, transitando sus rutas respectivas, mientras las tinieblas iban diluyéndose en pos de la fatalidad de un nuevo amanecer... De súbito, un punto incandescente se destacó entre los demás: las pupilas carmesíes de Drak Ul reflejaron su insólito resplandor creciente.

El aluvión emocional estuvo a punto de asfixiarlo. Sobrecogido de repentina debilidad, no pudo mantener abiertas las alas, de manera que se posó en un risco, sin apartar los ojos de aquel móvil fulgor.

Una secreción espesa le colmó las fauces, rebasando el dique de los colmillos.

—¿Será que al fin llegaron? —jadeó, entre crispaciones de todo el cuerpo—. ¿Se calmará mi sed?...

—Lo tengo en pantalla —informó Sotelo—. ¡Menos de tres minutos!

Pocas veces se molestaba en consultar los indicadores: todo lo confiaba a su veteranía de espaciado curtido. En cien planetizajes, seguramente no se equivocaría más de dos o tres veces, y eso por fracciones de segundo.

—No me gusta nada esa pelota roja... —opinó, desde el techo al que se mantenía adherido, el Gordo Lopescu.

Huraño y cabeza dura como buen mecánico electrónico, si alguna vez llegaba a hacer cualquier comentario favorable, en la situación que fuese, sus dos compañeros se quedaban mirándolo de hito en hito, boquiabiertos. Pero, por otro lado, no fallaban jamás en llevarle a su vez la contraria.

Era una de las tácitas bases de su sociedad, establecida desde que compraran entre todos aquella espacionave modelo T-005 y se lanzaran a la caza de fortuna por las innumerables rutas del cosmos. “Una microempresa privada, compacta y confiable”, según rezaba su publicidad. Llevaban bastante tiempo juntos los tres responsables de “JORSOLO, Inc.”, pero la Fortuna con “F” mayúscula se empecinaba en eludirlos sistemáticamente.

—Cuando le aplaudas a algo, Gordo —retrucó Sotelo—, ahí habrá que cuidarse.

Siguieron cambiando pullas hasta que la seca voz de Jorgensen les puso el alto. Este Jorgensen (primera sílaba de la razón social) era un rubio flaco y huesudo, algo más joven que los otros dos, con aire de estar perpetuamente famélico.

No se afeitaba tan a menudo como hubiese sido de desear, y la combinación agua/jabón no congeniaba demasiado con su carácter. Pero se le respetaba por ser el único integrante de la firma que podía jactarse de un adiestramiento científico formal. Sotelo se manejaba a base de instinto e insolencia, más toneladas de suerte, y el Gordo era un buen técnico; pero ahí paraba todo.

El abultado cráneo dolicocefalo de Jorgensen (doctorado en Ciencias Físicas por la Universidad del Suroeste) era el receptáculo de la información “sofisticada”. Nadie pensaba en discutirle sus opciones en los momentos de apuro.

Ahora, sin embargo, se trataba sólo de un planetizaje de rutina, si bien iban a ello sin haberse molestado en recabar el correspondiente permiso de la Federación. En rigor, y ninguno lo ignoraba, no era lícito acercarse a mundos o sistemas no registrados en la Guía General; pero desde luego que los “independientes”, como ellos, solían transgredir la ordenanza. De no hacerlo así, las poderosas Multigalácticas los ahogarían sin remedio.

—A tu lugar, Gordo, que entramos en el Campo —ordenó Jorgensen—. ¡Y este nene es bastante más denso que la Madre! Ge y media, por lo menos... ¡Vas a llegar a los doscientos cinco, “beibi”!

Refunfuñando por principio, Lopescu “bajó” hasta su asiento, ubicado detrás del de sus socios. Se ató los cinturones y cerró los ojos.

—¿Otra vez con lo mismo? —lo pinchó Sotelo.

—¡Cábala, viejo, cábala! —repuso el Gordo, apretando una patita de conejo entre dedos rollizos—. ¡Me defeco en tus risitas sobradoras! Lo que me interesa es

asegurarme de que no nos estrelles... ¡Menos que nunca contra esa bola sanguinolenta de allí abajo!

Con toda deliberación, Sotelo imprimió un brusco impulso a los controles. Sabía que la crasa humanidad de su compañero resentiría el manotazo de la inercia, y esa idea lo divertía extraordinariamente.

—¡Bestia! —resolló el Gordo—. ¿Querés hacernos papilla?

—No te angusties. ¡Aun con 2 G rebotás en cualquier terreno, gordito!

—¡Pedazo de un... negro subdesarrollado! ¡En cuanto toquemos suelo firme te voy a...! ¡Ghhh! —el estómago del Gordo le saltó al cuello.

Jorgensen estiró un brazo anguloso para aplicar una sonora palmada a la cabeza del piloto.

—¡Un poco de seriedad, hijos de... la Madre Tierra!

No eran lo que podría llamarse buenos amigos, después de seis terraciclos de vagabundeo espacial. No obstante, un lazo común los hermanaba: todos provenían de la excelsa Madre, tercera fila en el corro del Viejo Amarillo.

La situación se había agravado un poco cuando dejaron la espacionave para encaminarse en dirección de un conjunto de enigmáticas estructuras negras que mostraban claros signos de haber sido erigidas artificialmente... Lopescu, agraviado en su dignidad, se desquitó acomodándole un regio izquierdazo en pleno hígado al negro Sotelo; de no haber intervenido Jorgensen, a empujón riguroso, la cosa habría degenerado en pugilato.

Pero el camino era largo, y con G y media el peso de los equipos les doblaba las espaldas. No era cosa de despilfarrar energías; pero no eso no impedía que los dardos verbales arreciasen.

Tras denigrarle a conciencia toda la legión de familiares y ancestros, Lopescu arremetió contra el factor étnicosocial de Sotelo:

—¡Negro y sudaca tenías que ser!

—¡Preferible a vivir manoseando amuletos, gordo supersticioso!... ¡Noo! —Sotelo hizo aspavientos de fingido terror—. ¡Por favor no vayas a echarme una de esas maldiciones rumanas tuyas, te lo imploro!

—¡Maldito el día en que me asocié con dos sudacas infradotados! —rezongó el Gordo, con la mofletuda faz más roja que las lunas de aquel mundo sin nombre.

Las salpicaduras habían alcanzado al retraído Jorgensen.

—Subdesarrollados y todo —dijo, sarcástico—, ¡bien que supiste venirte para la Surfe cuando en Eurasia llovieron misiles! Y bastante bien que se te recibió, me parece, ¿no?

—Perdón, Jorgensen —se excusó Lopescu—. No lo dije por ofender... ¡Pero es que este negro sinvergüenza saca de las casillas a cualquiera!

—¡Lo que pasa es que los gordos son muy susceptibles! —lanzó Sotelo.

—¿Y los negros? ¿Me vas a negar que viven a la defensiva, como si todos les...?

Jorgensen resopló, dirigiéndose a las deidades:

—¿Por qué? Cielos, ¿por qué? ¿Qué hice yo para merecerme a este dúo de inútiles?

Sus voces destempladas irrumpían en el hueco del silencio reinante, como piedras arrojadas a un estanque en calma, en círculos crecientes. De pronto sonó el grito de un abulí, y los tres se quedaron helados en medio del camino.

—¿Qué fue eso? —Lopescu estaba pálido y le brillaban los ojos oscilantes.

—Algún bicho... —dijo Sotelo, en tono indiferente—. ¿Y qué importa? ¡El fobiano nos dio palabra de que no nos íbamos a topar con ninguna exovida agresiva! ¿No se acuerdan?

—¡Ese fobiano quería encajarnos la concesión a toda costa! —terció Jorgensen—. No tenemos por qué fiarnos de todo lo que nos prometió... ¡Andaba muy apurado de capital, no se olviden! Vos, Sotelo, ¿trajiste el láser?

—Ajá. Y con esto encima, no le tengo miedo a nada —se jactó el moreno—. Claro que —añadió—, yo no cargo con el fardo folclórico de mitos y leyendas que algunos...

La réplica airada de Lopescu no pasó del borde de la garganta. Porque en ese instante ululó otra vez el abulí, muy cerca..., y enseguida lo vieron.

—¡Cara...! —Sotelo empuñó el láser.

—¡Ehhh! —El Gordo pegó un salto ante la brusca aparición de la criatura, que cruzó frente al trío como una flecha sonora.

—¡Abulí, abulí, abulí! —profirió, en tanto sus veinticuatro patas articuladas levantaban frenéticas oleadas de polvo...

CAPITULO 2

—¡Quietos! —ordenó Jorgensen—. ¡Es inofensivo, idiotas!

—¡Pero qué adefesio de bestia! —exclamó Lopescu—. ¡Nos van a dar pesadillas!

—Interesante —comentó Jorgensen, en tono abstraído—. Mezcla de miriápodo con marsupial... ¡Aunque por la forma de gritar habría jurado que sería una especie de búho, o cosa por el estilo! —Meneó la cabeza—. Está visto que uno nunca puede estar seguro, con estas exovidas...

—¡El tipo aquél dijo bien claro que no vamos a encontrarnos con ninguna fiera! —insistió Sotelo—. ¡Y las ruinas ésas deben tener milenios! Nos podríamos hacer ricos con lo que recojamos... ¿Y un animalucho repulsivo nos va a parar? ¡Les garantizo que a mí no, por lo menos!

Los milenios habían dejado, en efecto, su impronta sobre los oscuros restos arquitectónicos. En la exótica atmósfera del planeta, la pátina del tiempo adquiría matices rojizos, invistiendo a los remanentes de bajorrelieves y esculturas con una indeterminada sugestión de Averno.

—¡Fíjense en esos dibujos! —Sotelo los bañó con la luminosidad azulina de su Portalite—. Bastante realistas, ¿no?

Jorgensen se acuclilló para estudiar el material con su lente de aumento. Guiñaba un ojo mientras emitía su informe preliminar:

—Mmm... Humanoides, sin duda. ¡Y hay mucho! ¡El Instituto de Exoarqueología nos lo va a arrancar de las manos! Lástima no disponer de un equipo como la gente...

—Sí —dijo Sotelo—. Si tuviéramos motoexcavadora...

—Puede haber algún testimonio escrito —observó Jorgensen—; grabaciones, qué sé yo... Pero, bueno..., ¡con esto tenemos para empezar!

Sotelo rebuscó en su mochila. En contados instantes se alistó para tomar las holofotos que Jorgensen iba indicándole, con entusiasmo creciente a medida que se internaban entre las ruinas. Aun Lopescu parecía radiante... ¡Por fin hallaban la mina de oro que tanto les eludiera! Diligente, sostenía un diminuto lápiz grabador, en el que Jorgensen vertía sus doctos comentarios, complemento de las tomas de vídeo que él mismo obtenía mediante una unidad de bolsillo.

—...perfectamente posible formarse una idea bastante acabada de la historia de esta singular exocultura —recitaba el rubio—, extinguida por causas aún no determinadas.

”Resulta fascinante la amalgama entre un estilo de vida evidentemente naturista y cierta sofisticación tecnológica, fielmente registrada en los bajorrelieves. Debe anotarse, entre paréntesis, que la elocuencia de las imágenes es tal, que casi no se extraña la ausencia de textos escritos, por cuanto la sola lectura de los iconemas permite captar a la perfección el significado de cada escena representada, como asimismo la progresión cronológica expresada en sucesivas hileras de dibujos...

Sotelo disparaba sin pausa destello tras destello de la holocámara, atinando invariablemente con el ángulo de toma más apropiado. El ensamblaje de los tres socios, duchos en el trabajo de equipo, hablaba a las claras de su competencia profesional.

Absortos por completo en su labor, ninguno levantó la vista por encima del nivel de las derruidas edificaciones.

Flotando en las alturas, la fosca silueta de Drak Ul se cernía sobre las activas figuras humanas. Un antiguo anhelo lo estremecía; pero él retardaba deliberadamente su descenso, a fin de acrecentar su goce inminente con la anticipación del mismo.

—Volver a cumplir con mi destino... —se decía, extático—. De nuevo..., después de tantas y tantas noches, después de tan largo vacío...

El terceto de satélites escarlatas presidía aquel instante mágico. Inaudible, aunque percibida por los nervios y la epidermis, la Música de las Esferas preludiaba la ejecución de un acto surgido en los íntimos arcanos del Universo.

Drak Ul era lo que era; esos hombres venidos de la Tierra habían cruzado miles de años-luz para encontrarse justamente allí, en aquella noche rojo-sangre, bajo las tres

lunas; y sin que ni ellos ni Drak Ul tuvieran conciencia de uno u otro factor, el inescrutable Drama Cósmico determinaba un acto trágico, que habría de consumarse inapelablemente.

Con diestros vaivenes de las amplias alas, Drak Ul inició su espiral descendente.

Jorgensen se permitió algo de disertación académica:

—Si el Hombre es, como se ha sostenido, la suma de sus conocimientos, sin duda el Hombre crecerá en cuanto asimile el conjunto de estos testimonios. La socorrida tesis de un Cosmos despoblado, erróneamente sustentada por mentalidades de magra proyección, se basa en la esterilidad de los ocho planetas solares que acompañan a la Tierra, más la carencia de vida inteligente en los mundos que han venido explorándose desde el inicio de la Era Sideral.

”Tal presunción está siendo irremisiblemente abatida ante la afluencia de pruebas como las que presentamos. No es prudente, en efecto, teorizar acerca de un Cosmos del cual no se conoce sino una ínfima fracción..., incluso en tiempos de velocidades ultralumínicas.

Con los ojos chispeantes, hizo una pausa para tomar aliento.

—El Hombre es, también —remató enseguida ante el micro—, la suma de sus ideas preconcebidas y de sus prejuicios. Si hemos de encontrarnos eventualmente con una exocultura...

—¡¡Cuidado!!

El aullido de Lopescu los paralizó. El pequeño lápiz grabador repiqueteó contra las gastadas losas del pavimento, y el microflash de Sotelo eyectó un espasmo luminoso.

Sin el más mínimo rumor premonitorio, la velluda forma de Drak Ul se había posado a

espaldas de los tres aventureros, siendo casualmente sorprendida por el rumano.

—¡Virgen Santísima! —A Sotelo se le saltaban los ojos.

—¡El Diablo! ¡Es el Diablo! —En el paroxismo del terror, el grueso Lopescu empezó a persignarse una y otra vez, interminablemente.

Jorgensen intervino, con voz tensa:

—¡Quietos los dos! ¡A lo mejor no es peligroso!

Pero cada una de sus células, depositarias de atávicos temores, contradecía a sus razonamientos... Un sudor helado le consteló la frente, se le secó la boca, y el regusto acre de la adrenalina le anegó el paladar.

Calma, pensó. ¡Aún no ha mostrado signos de agresividad!

Pero las imágenes de los bajorrelieves, nítidas en su memoria, le repetían sin cesar un llamado de alerta. Un ser como aquél aparecía entre las figuras, y las actitudes en que se le había representado provocaban los más inquietantes pronósticos.

La criatura, vagamente humanoide, aunque provista de seis miembros (dos de los cuales consistían en amplias alas membranosas, similares a las de los quirópteros de la Tierra), avanzó cautelosa hacia los hombres, enfocándoles constantemente con sus ojos carmesíes. Abrió la boca, y el helado lustre de los colmillos precipitó a Lopescu hacia un paroxismo de terror.

Jorgensen, cuyo intelecto le dotaba de mayor frialdad, notó que la ancha boca se abría y se cerraba según patrones definidos. ¿Articularía el ser algún tipo de lenguaje? Nada se escuchaba, sin embargo, fuera del acezar de los hombres y una que otra ahogada exclamación de miedo.

De súbito brotó un sonido de aquella garganta inhumana:

—¡Drak Ul! ¡Drak Ul! —y ya prácticamente lo tenían encima.

Lopescu cayó de hinojos, sollozando: “¡El Maldito! ¡El chupasangre! ¡Vrolok! ¡Vrolok!”; el moreno latinoamericano, más práctico, escapó a la carrera, con la intención de parapetarse entre las ruinas.

Una mano abierta de Jorgensen, que a duras penas contenía el temblor, se tendió a modo de simbólica barrera ante el alienígena.

—¡P-paz! —barbotó el rubio—. ¡Venimos en paz!

—¡Drak Ul! ¡Drak Ul!

Se enfrentaban, clavado cada cual en su sitio, a contados centímetros uno del otro. Ramalazos de irreprimible repulsión sacudían a Jorgensen, quien temía enloquecer en cualquier instante. ¡Seguramente “eso” debía ser maligno! No lograba advertir la menor traza de humanidad en los ojos alucinantes, y la expresión de aquel rostro —si así cabía llamársele— quedaba oculta tras una impenetrable cortina de vello negriazul.

Sin embargo, ¡y era lo más espantoso de todo!, de alguna forma, algo muy peculiar emanaba del ser: una sensación casi pringosamente tangible de satisfacción de un tipo indescriptible... Jorgensen se esforzó con denuedo para alejar de su mente las horrendas visiones que le asaltaron.

A través de un oscuro instinto, percibió un movimiento a sus espaldas. Sin volverse, gritó, casi en falsete:

—¡No, Sotelo! ¡No tires! ¡No hay motivo todavía!

En una violación deliberada de sus escrúpulos más arraigados, se empeñó en encontrar con sus ojos azules las pupilas siniestras del ente... Hondo, muy hondo, proyectó su sondeo. Y entonces sucedió.

Un extraño mecanismo obró en el cerebro de Jorgensen.

Se le antojó que los movimientos del alienígena, al echársele éste encima, fluían con ritmo exageradamente pausado, como en los holofilmes de entrenamiento para espaciopilotos, en que se reproducían las acciones con meticulosa parsimonia, a fin de que se las pudiese apreciar hasta en sus menores detalles. Al mismo tiempo, los pensamientos del terrícola comenzaron a sucederse con vertiginosa rapidez.

Oh, Dios, ¡no! Se me viene encima..., tal como aparece en los dibujos de los bajorrelieves. ¡Y es real! Pero estas ruinas datan de edades pretéritas... ¡Nada de lo representado aquí puede seguir hoy con vida! A pesar de eso, la abominación se mueve y me echa en la cara su aliento fétido y, ¡oh, Cielos!, en cuestión de segundos su boca buscará mi garganta y sus colmillos... ¡Ahhh! ¡Viejo Lovecraft! ¡Tus antiguas profecías van a materializarse... en mí!

CAPITULO 3

Enredados en grotesca danza, ambos cuerpos se congelaron, por un instante inenarrable, ante el horror de los otros dos hombres, imposibilitando el disparo del láser que aferraba la mano crispada y sudorosa de Sotelo.

Por fin se doblaron hacia el suelo, el velludo alienígena unido a Jorgensen en quién sabe qué atroz comunión... Lopescu se desplomó, sin conocimiento.

Sotelo, en cambio, logró sobreponerse y no dejó de vigilar, con ojo de halcón. De repente el vampiresco ser se irguió, la saciedad reluciéndole en los ojos de fuego, y la forma desmadejada de Jorgensen, atraída por el suelo del extraño mundo, se

desprendió con viscosa pereza de las garras negras.

Los reflejos de Sotelo actuaron con velocidad fulmínea: el rojo haz incandescente del láser surcó el aire, al encuentro del tórax del alienígena, cuando aún el cuerpo de Jorgensen no terminaba su caída.

El sordo rumor de la carne inanimada azotando las losas casi simultaneó al estridente quejido que lanzó la criatura. Por un momento, Sotelo pensó que le estallaba la cabeza; se repuso, sin embargo, y repitió el disparo. La oscura, odiosa silueta se abatió sobre el yacente Jorgensen, entre espasmódico batir de alas.

Desde lo alto, las tres lunas rojas conferían un tinte espantable a la escena. Sotelo se aventuró fuera de su refugio. Las lágrimas le surcaban el moreno semblante; pero su conciencia no lo registraba. Por entre el torbellino que era su mente, persistía en aferrarse con desesperación a su objetivo primordial.

—¡Lopescu! ¡Eh, Gordo!

Se inclinó sobre la obesa anatomía del rumano y lo zarandeó y abofeteó sin piedad, hasta que captó una luz en sus pupilas.

—¡Arriba, desgraciado! ¡Hay que revisar a Jorgensen! ¡Puede estar vivo!

—¿Qué...? ¿El demonio ése se...?

—¡Lo volteé! ¡Pero capaz que fue muy tarde, no sé!

Con exasperado ademán se alejó. Sin ocuparse más del Gordo, corrió junto a Jorgensen. Apretaba los puños hasta lastimárselos, pugnando por dominar el temblor que lo sacudía ante la proximidad del alienígena caído.

Extrayendo ánimos de alguna recóndita reserva, logró por fin liberar a su compañero del espantable yugo que lo aprisionaba. Durante unos momentos, se afanó en

descubrir algún signo vital en aquel cuerpo rígido.

Al cabo, tras maldecir su carencia de adiestramiento médico, debió limitarse a acomodar a Jorgensen como mejor supo, de espaldas sobre un antiguo enlosado, vuelta la cara hacia un cielo enrojecido y hostil..., a millones de años-luz de su sistema natal.

Desde lejos, llegó la voz medrosa de Lopescu:

—¿Está... muerto de veras? ¿Acabaste con él?

—¡No te ensucies los calzones, gordinflón del demonio! ¡Ese pellejo grasiento tuyo no corre más peligro! ¡Es Jorgensen el que me preocupa!

—¿Qué le hizo esa... bestia infernal? ¡Dios Santo! ¿Estará...?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? ¿Me ves pinta de médico?

—Pero..., ¿respira?

—¡Y yo qué sé! ¡Revisalo vos, si querés!

Lopescu ya estaba junto al rubio.

—¡Ahhh! —De repente lanzó un grito agudo—. ¡Demonio!

—¿Y ahora qué te pasa? ¿Te volviste loco?

El carnosos índice del Gordo se tendía, vibrando en un terror indescriptible, hacia el cuello del caído.

—¡Lo mordió! ¡Lo mordió! ¡Jorgensen está maldito!

—¡Basta, imbécil! —Sotelo saltó sobre el otro, zamarreándolo con rabia—. ¡Tratá de controlarte, o te deshago!

—¡Vrolok! ¡El chupasangre! ¿No viste los dibujos de las paredes? ¡Dios Bendito!... ¡Va a volver de la muerte para atacarnos! ¡Es la maldición del nosferatu! ¡La maldi...!

La morena diestra de Sotelo cruzó por dos veces el aire, en furibundo arco. Tras los

chasquidos, un hilo rojo oscuro resbaló por la papada de Lopescu, que no había atinado siquiera a defenderse. Sólo movía los ojos, dilatados por el terror, rebasando casi sus nidos de grasa.

El latinoamericano carraspeó.

—Dis... culpá, Gordo. No quería... ¡Lo que pasa es que estamos con los nervios de punta! (Él no tiene la culpa de que lo hayan criado así, un idiota crédulo, atiborrándolo de cuentos de viejas cuando era chico...) ¡Pero comprendéme! ¡Hay que evitar a toda costa que nos domine el pánico!

No obtuvo sino una sucesión de asentimientos de cabeza. Sotelo pensó que el Gordo ya había perdido hasta la voz... Pero era la única ayuda con que contaba para enfrentarse a lo desconocido. Con toda la gentileza que logró reunir, lo tomó por un brazo.

—Vení, Gordo..., ayudame a armar el refugio. ¡Ahí adentro vamos a estar más resguardados!

Extrajo de una de las mochilas el reducido atado. Al quitar la tapa de las válvulas se oyó un silbido, y una liviana pero funcional carpa inflable adquirió forma. Su capacidad admitía a los dos hombres, parte del equipo de supervivencia, e incluso al cuerpo de Jorgensen.

Una vez en el interior de aquel ambiente confortable, cálidamente alumbrado por una unidad Permalite, Sotelo se sintió algo más aliviado de su angustia. Rompió los sellos de un par de envases térmicos de sintcafé, y enseguida el reconfortante sucedáneo humeó deliciosamente. Contenía una sustancia sedante; Sotelo confiaba en que le iba a sentar bien a su compañero.

Este, luego de apurar dos tragos, farfulló:

—¿Seguro que estará...?

—¿El bicho de ahí afuera? ¡Tiene dos brutos agujeros de láser! ¡Ni una ballena aguantaría eso!

Lopescu meneó nervioso la cabeza, señalando a Jorgensen.

—¡No! ¡Hablo de él! ¿Te parece que...?

—¡Ya te dije que no soy médico, caracho! Ninguno de nosotros sabría decir... —Con el ceño fruncido, se aproximó a la forma inmóvil. No sin escrúpulos, asió la mandíbula para girarle la cabeza hacia un lado. Los dos orificios de la garganta le provocaron un tic de repulsión. Era sorprendente lo poco que habían sangrado—. ¡Qué cosa más rara! —musitó—. No da la impresión de que le hubieran...

A pesar de todo, no conseguía borrarse de la memoria los bajorrelieves. El ente vampiresco saltando sobre uno de los humanoides; luego una imagen del mismo humanoide, inerte en apariencia (¡igual que Jorgensen!); por fin, el humanoide aquél ¡levantándose del sitio donde yacía, como si regresara de...! Sotelo sacudió con furia la cabeza.

—¡Maldita sea! ¡El Gordo éste me sugestionó!... ¡Pero yo no pienso ceder al pánico! ¡No soy un flojo como él!

De súbito le acometió un estremecimiento, y supo que se había puesto aún más pálido que Jorgensen.

¡El cuello de éste latió!

Por fortuna estaba de espaldas a Lopescu, de modo que le obstruía la visual con su propio cuerpo. Mordiéndose con fuerza el abultado labio inferior, Sotelo comenzó a volverse hacia el Gordo.

¡Nada de pánico! ¡Nada de fantasías!

—Creo que... Jorgensen vive —murmuró.

Con el brazo extendido retrocedió junto a Lopescu, sin apartar la vista de Jorgensen en ningún momento. Sus dedos oscuros se

<clavaron en el hombro del otro, que dejó escapar un débil quejido.

En el más absoluto silencio, el torso de Jorgensen había comenzado a erguirse, aunque él aún tenía los ojos cerrados. Sotelo oía el retumbar de su corazón, igual que un rugir de motores MRL; un obstinado raciocinio, empero, le indicaba que aquel sonido debía ser ilusorio... Su labio superior y su frente exudaron frías perlas, y el aire gimió al precipitarse fuera de sus anchas fosas nasales. Pero se obligó a mantener aferrado el hombro del Gordo, congelándose con él en una unidad expectante.

Se le contrajeron los protuberantes labios. De pronto se apartaron las comisuras, y una hilera de blanquísimos dientes quedó al descubierto. Incapaz de reprimirse por más tiempo, Sotelo sucumbió a una risita aguda y espasmódica.

¡Jorgensen había abierto ambos ojos, se había agarrado la cabeza, como si quisiera despejarse, y ahora la sacudía! Aquello era bastante tranquilizador, pensó Sotelo. Quizás...

—¿Estás..., estás bien, viejo? —balbució.

La cabeza de Jorgensen, desmelenada, giró para enfrentar a su interlocutor. Los párpados oscilaron un par de veces, hubo un resoplido, una tos, y por fin:

—Yo... ¡No sé! —contestó el rubio, en tono confuso—. Es como si... —y se bamboleó, igual que un borracho.

Sotelo estuvo a su lado en fracciones de segundo. Lo sujetó por los hombros, mientras lo escudriñaba ansioso.

—No te levantes —le pidió—. Quedate sentado un rato más. ¡Todavía estás medio...!

Pero Jorgensen lo apartó de un empujón. Se le cubrió la frente de ondulaciones, y las cejas casi se le unieron. Saltó en pie y

levantó ambas manos, abiertas como estrellas de un rosa desvaído.

—Ya recuerdo... —murmuró. Alzó los ojos hacia Sotelo—. ¿Qué...?

—¡Tranquilo, Jor! ¡Está afuera, bien frito!

—¿Cómo? ¿Está... muerto?

—¡Lo cosí con el láser! No te preocu... ¿¿Ehh??

Jorgensen se había precipitado sobre él, poseído de cólera salvaje, y lo aferraba por las ropas como si quisiera arrancárselas.

—¿Muerto? ¿Muerto? ¿Lo mataron? ¡Oh, Dios..., no!

De un empujón violento arrojó a Sotelo contra una de las elásticas paredes del refugio; luego sus manos ascendieron hasta adherirse a su propia cara, que estrujó sin piedad. Por entre los dedos se escapó un quejido distorsionado:

—¡No..., no!

CAPITULO 4

Resumen: Jorgensen, Sotelo y el “Gordo” Lopescu, un trío de cazafortunas del espacio, se encuentran en un extraño mundo, alejado de las rutas conocidas. Allí se enfrentan a un pavoroso ser alado, que les sume en una pesadilla de terror y de angustia. Pero lo más sorprendente aún está por llegar...

Sotelo se aproximó a Lopescu. Ahora se sentía más afín al Gordo, unidos ambos en la misma gelatinosa estupefacción. Oían los sollozos de Jorgensen, y ninguno de los dos conseguía explicárselos.

Jorgensen los miró al fin. Tenía ensombrecidas las pupilas, y una profusión

de venillas rojas las circundaba; pero de algún modo Sotelo se dio cuenta de que había logrado controlarse. Tras su profunda respiración se escuchó su acento enronquecido:

—¡Cometieron un crimen!

—¿Qué decís? ¿Un...? ¡Pero si él casi te...!

—No merecía morir así, Sotelo. ¡No debiste matarlo!

El sudamericano, enmudecido, lo miraba sin atinar a nada más. La boca le tembló, esforzándose por articular las palabras.

—¡Pero si... estabas en peligro! —barbotó al cabo—. Yo quise...

—¡Vimos cómo te atacó ese demonio! —chilló Lopescu—. ¡Sotelo te salvó! ¡Ese monstruo quería chuparte toda la sangre! ¡Era un...!

Jorgensen estiró los brazos para oprimir un hombro de cada compañero. Se transparentaban fuerza y autoridad en él: los otros callaron y esperaron.

Una sonrisa ácida tironeaba de los ángulos de la boca del científico; pero no separó los labios sino para inquirir:

—¿Cómo lo sabés, Gordo? ¿Cómo sabés lo que era?

—¡Demonio! ¡Drakkul! ¡Vrolok! —Profirió Lopescu—. ¡Eso es lo que era! ¡Sé cómo son! ¡Los conozco!

Jorgensen suspiró, con un meneo de cabeza.

—¿Y vos, Sotelo? ¿Qué sabías vos cuando le disparabas, eh?

—¡Caracho, Jor! ¡Te atacó! ¿Qué esperabas que...?

—No sabían nada. ¡Ninguno de los dos!

Algo helado y sombrío comenzó a expandirse dentro de Sotelo; algo que aún no tenía nombre, pero que le infectó con un

creciente sentimiento de culpa y también con una oscura variedad de miedo. Como no pudo identificarlo, nada dijo durante algunos instantes; luego, un resorte de rebelde cólera saltó por encima de todos los recelos, y se defendió:

—¡Saber! ¡Saber! ¿Cómo diablos...? ¡Pero si hasta en los mismos dibujos ésos se mostraba...!

Jorgensen sacudió una vez más la cabeza. Parecía enfrentado a un par de niños.

—No es lo que se muestra en los dibujos —dijo—, sino lo que vieron los ojos de ustedes. Los ojos terrícolas de ustedes.

”Escuchen —prosiguió, deteniendo las protestas de los otros dos—. Vinimos a este planeta dispuestos a expoliar todo cuanto pudiéramos de los restos de una civilización extinta. Y en algún momento nos lamentábamos de no disponer de medios que nos permitieran hurgar más a fondo. No había, o no descubríamos, inscripciones grabadas, o antiguas bibliotecas providenciales... Pero como buenos terrícolas del Tercer Milenio, dábamos por hecho que no nos iba a resultar difícil formarnos ideas aceptables, aun en base a la precaria información de que nos proveían las imágenes de los bajorrelieves...

—¡Y claro! —interrumpió Sotelo—. Alguna experiencia tenemos en la cosa, y hasta ahora...

—¡Ah! —exclamó Jorgensen—. ¡Ya salió! La bendita experiencia. ¡Justamente eso es lo malo! Nada censurable habría en sacar deducciones a partir de los testimonios arqueológicos..., siempre y cuando se hiciera con objetividad. ¡Pero ninguno de nosotros, por entonces, estaba en condiciones de ser verdaderamente objetivo!

—¡Era un demonio chupasangre! ¡Un nosferatu! —se empecinó Lopescu, sin prestar atención a la actitud de Jorgensen—.

¡Podés discutírmelo un año entero, sin que...!

—¡Cerrá la boca de una vez, Gordo! —restalló Sotelo—. ¡Ya me tenés hartos con tu cantinela! Dejá que Jorgensen se explique..., ¡por más disparatado que parezca!

Jorgensen volvió a suspirar. Los observó un instante, y después se sentó en el piso, esperando que lo imitaran. Una vez que lo hubieron hecho, él continuó, en tono muy sereno, pero también muy firme:

—No vayan a creer que no los entiendo. Yo mismo, en el fondo, no era muy distinto a ustedes en lo básico... Pero ahora todo cambió..., ¡porque ahora yo sé!

“El nombre de este mundo fue “Gluikki”..., una hermosa palabra de su lengua única, que vendría a significar algo así como “Jardín fragante”... Y en verdad estaba bien aplicado, al menos si se piensa en las fases finales de la espléndida cultura que llegó a florecer aquí.

“Eran unas criaturas sabias y bondadosas, que habían aprendido a convivir en verdadera libertad, sin permitir que los avances tecnológicos ahogasen a la prístina sensibilidad estética, imbuida en ellos al cabo de cientos de generaciones regidas por la paz y el entendimiento mutuo... Llegó un día, no obstante, en que los inescrutables designios de algún Poder supremo dispusieron que esta admirable civilización desapareciese. Sin el tormento de la agonía cósmica, sino tan dulcemente como viviera..., igual que el perfume de algunas flores se desvanece cuando se pone el sol.

Jorgensen expelió aire, aliviando a un tiempo pulmones y garganta. En lo profundo de su mente se operaba insólita avalancha: gris sobre rojo, negro contra azul..., la ironía de un trágico e inevitable encuentro al extremo final de un arco extendido a través de miles de años-luz.

—Ese desventurado ser que quedó tendido afuera —siguió diciendo—, había conseguido sobrevivir durante eternidades al peso de una soledad aterradora. Aguardaba en vano el retorno de una raza perdida..., una raza de la cual había sido complemento, siendo a su vez complementado por ella, como las aguas lo son con la tierra y el día con la noche.

“Si pudiéramos practicar una autopsia del cadáver... Pero, ¡qué digo! Ya debe ser tarde: el proceso de descomposición estará seguramente en sus etapas finales... Quizás ni siquiera queden cenizas ya. ¡No es como nosotros! ¿Se dan cuenta? ¿Les cabe en la cabeza? ¡Nada de lo que hay en este mundo tiene nada que ver con lo que ustedes o yo conocíamos!

“Nos atrevimos a salir Afuera; dejamos atrás la atmósfera terrestre, pero ese antropocentrismo incurable que llevamos dentro se nos quedó pegado. ¡Oh, por todos los Cielos! Alguna vez creímos que la Madre era el ombligo del Universo; nos costó centurias llegar a admitir que ni siquiera habitamos en los suburbios de una galaxia perdida entre miríadas de otras similares... Pero hasta ahí llegamos. La Madre podía no ser el centro; aceptado. Pero ¡por Dios que el excelso Homo Sapiens sí lo era!

“Los cráteres de la Luna, Marte, Mercurio, etcétera; la estéril desolación de un Sistema completo, incluso nuestros pininos algo más Afuera, casi nos convencieron: éramos únicos, estábamos solos. ¿Y cómo podría ser de otro modo? Imágenes y semejanzas del Creador (por supuesto que antropomórfico también El), el Cosmos era propiedad nuestra, y fabricado, ¡oh, Cristo!, a nuestra hechura y conveniencia... Un territorio más para arrasar a capricho, reiterando nuestros esquemas ad infinitum. ¡Oh..., sensacional!

La risa de Jorgensen viboreó en los oídos de sus compañeros. Era acre y sapiente: ellos no comprendían aún del todo, pero un nebuloso instinto los inhibía de interrumpir.

—Si fuese posible, ahora, observar por dentro la cabeza de... él —recomenzó Jorgensen—, por medio de un videoscanner, constataríamos un hecho sorprendente: los colmillos están huecos.

—¿Eh? —barbotó Sotelo—. ¿Cómo..., huecos?

—Hay unos canales que los conectan directamente con la masa encefálica..., ¡y esa masa encefálica, fíjense, no es como las masas encefálicas que conocemos!

”Sería demasiado complicado de explicar en detalle; pero, a grandes rasgos, sus procesos mentales pueden describirse como tangibles y fluidos. ¡El puede..., podía, literalmente, transferirlos! No como lo haríamos los humanos, por medio de las artes o de la literatura; no, sino en forma directa y concreta.

”Su memoria se condensa en psicolinfa —no encuentro, por el momento, un término más apropiado, aunque su lengua desde luego lo tiene—; y es una necesidad vital para él..., lo fue, ofrendarla a otros seres... Su “mordisco” la introduce en la corriente sanguínea, sobreviene un letargo, y luego uno se encuentra enriquecido con un conocimiento que jamás tuvo antes.

”Así perviven la cultura, las tradiciones, la historia de esa gente singular. Así es como yo, ahora, disfruto del regalo más generoso que una raza puede brindarle a otra: se me obsequió la Historia viva de un mundo. ¡Y el pago por ese don inestimable fue la muerte violenta!

Lopescu parpadeaba, con la boca entreabierta, como pez que se ahoga fuera de la charca. Sotelo lanzó un salivazo.

—¡Maldita sea! —gruñó roncamente.

—Lo más triste del caso —añadió Jorgensen, en tono abatido—, es que Drak Ul era casi único en el Cosmos. El y unos pocos más son fruto de la Urdimbre Primigenia, por así llamarla: un puñado de longevos individuos dotados de una facultad maravillosa,

desperdigados a lo ancho del Universo y a lo largo de la Eternidad, con el único cometido de... servir.

”Y sirvieron, y se les amó y se les reverenció por ello. Y se les acogió con muestras de alegría y de gratitud, dondequiera que estuviesen, por ser lo que eran y por hacer lo que hacían. Hasta que, para su desgracia, uno de ellos se encontró con el Hombre.

”Ya es inútil lamentarse. El hecho está irremediablemente consumado. Inútil, también, ponerse a buscar culpas... Quizás debió pasar todo tal como pasó, a fin de que de una buena vez nos decidamos a crecer.

Jorgensen posó las manos sobre sus dos amigos. Ellos captaron todo el calor, toda la comprensión, y todos se sintieron plenamente unidos por primera vez desde que se conocieran.

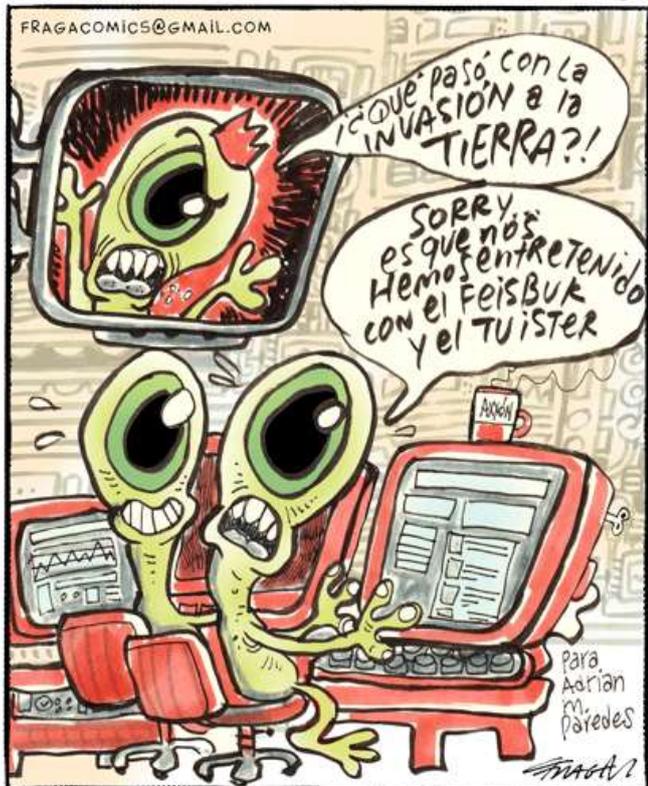
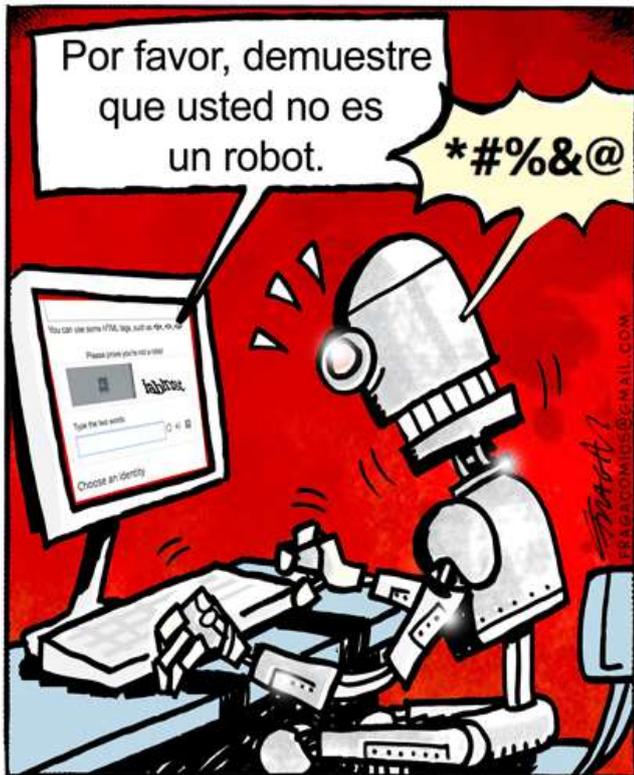
El grito del abulí onduló lentamente, ascendiendo al encuentro de las lunas bermejas, ya casi al cabo de su viaje hacia el fondo del horizonte. A ras del suelo, la pequeña tienda terrícola era un reducto aislado y extraño en medio del fantástico paisaje rojo. Solpló la brisa que preludiaba al amanecer, y las cenizas de Drak Ul se dispersaron.

—Algo positivo quedó, a pesar de todo —meditó Jorgensen, con afecto—. Somos depositarios de una preciosa información; con nosotros vendrá, de vuelta a la Madre. Gracias a Drak Ul..., un amigo.

Sus ojos resplandecieron. Sotelo y el Gordo, bajo el calor sedante de esa mirada azul, sonrieron sin notarlo.

—¿Saben cómo se traduce esa exclamación suya —musitó Jorgensen—, ese “¡Drak Ul!” que nos causaba tanto miedo? ¡Nada tiene que ver con el “Drakkul” rumano; no se refiere a demonios ni a vampiros!

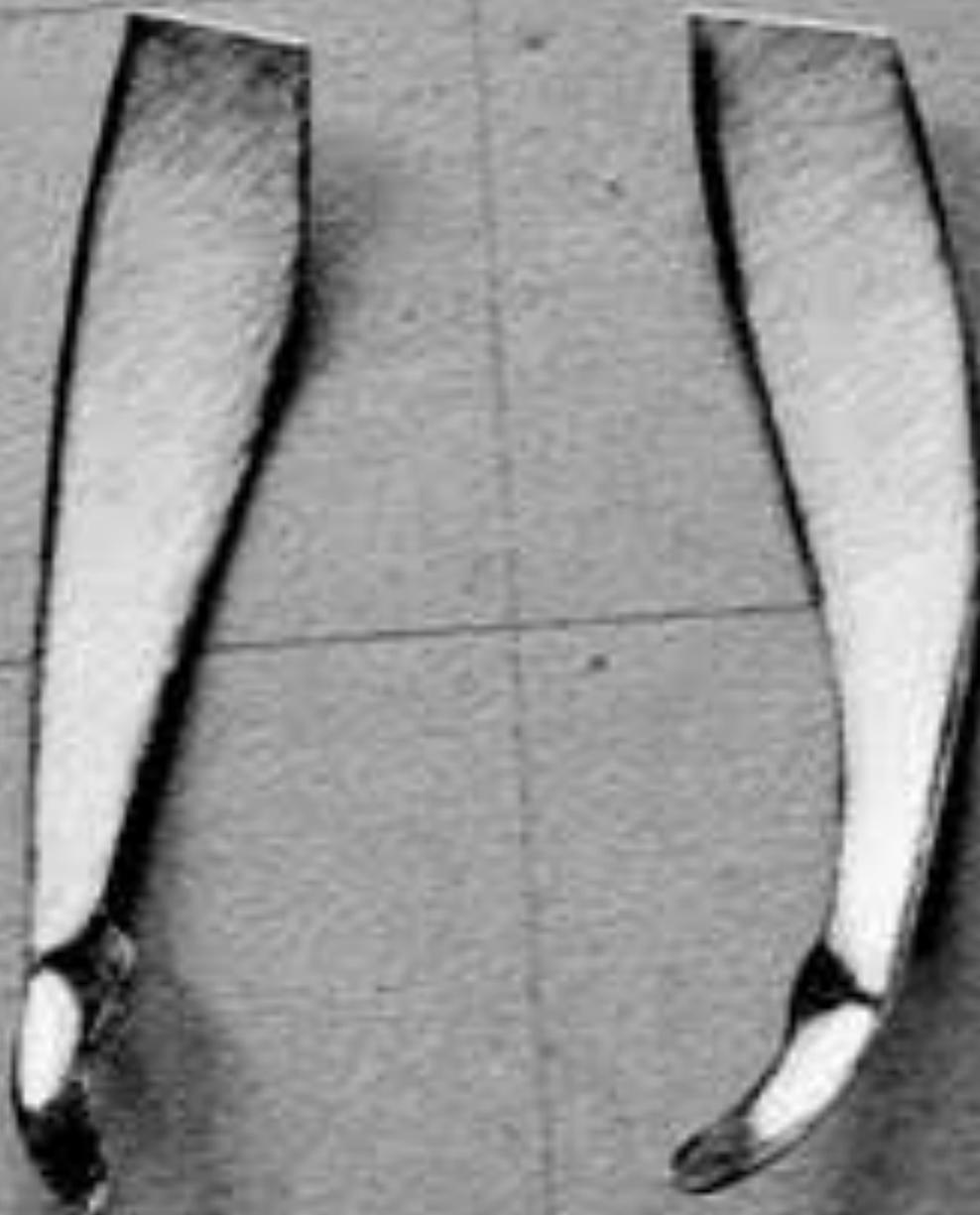
”En su lengua tan sólo significa: “Para ti”.



POESÍA

TEXTO: MICHAEL M. DEB

ILUSTRACIÓN: VERÓNICA LEONETTI



FIN

Con el viento en mi contra

La sangre espesa

El alma congelada.

La oscuridad lo cubre todo,

Incluyendo mis sueños.

Sueños cegados por la muerte

cosechados por la avaricia

Mi alma llora desconsolada

por la pérdida de ayer, hoy y siempre.

Veo a mis deudos en congoja.

Cruzo el Estigia

Temo no poder volver

¿O solo es un sueño?

¿Inconsciente o diluido?

Siento el aroma de la muerte

a flores y tierra húmeda,

Crucifijos e iglesias.

Cuando baje será el fin

El comienzo de mi fin.

MÍA

Tus labios se tornaron azules

acentuando mas tu belleza.

Tus ojos van perdiendo el brillo

o será la bolsa plástica que tienes en la
cabeza.

Te hice venir para expresar mi amor

puro y sincero, ese que tanto quieres.

Me besaste, me hiciste el amor,

escuchaste mis juramentos eternos

y al final de la noche dijiste que

te ibas, él te merecía y esta

era nuestra despedida.

Peco de egoísta al no querer compartirte.

Hoy, ya no serás de nadie; tu última mirada,
tu último beso,

tu último suspiro, fueron para mi... solo para
mí.

**Este número se
terminó de
maquetar el
sábado 1 de
noviembre de
2013**

